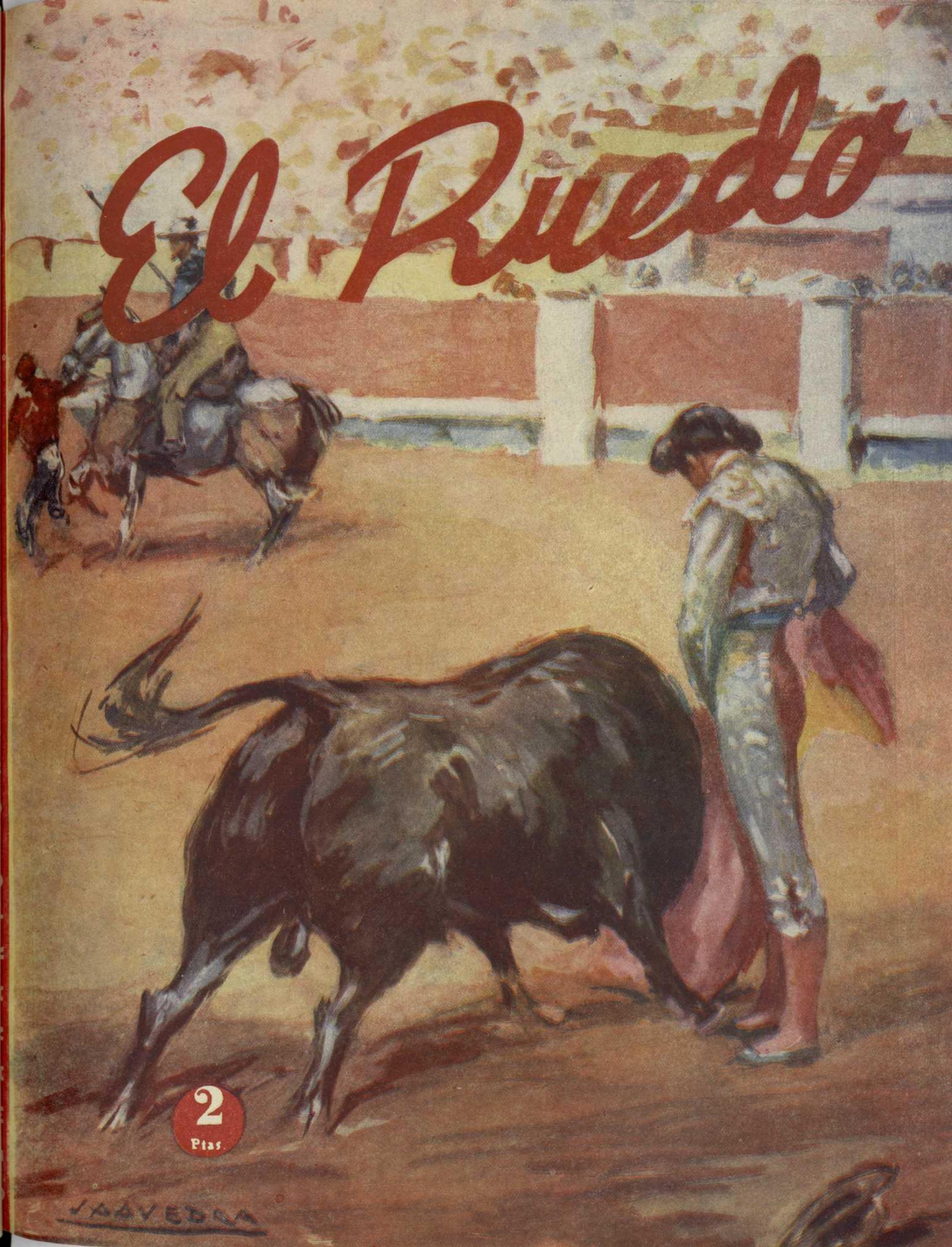


El Ruedo



2
Plas

JAAVEDRA



La ilusión del futuro torero



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año IV - Madrid, 16 de enero de 1947 - N.º 134



EL pase natural, ¿es así? Es así. La fotografía recoge un pase natural de Gitanillo de Triana, dado en la Plaza de Méjico a un toro de Zocatepec en la corrida celebrada el domingo día 22 del pasado mes de diciembre. Según las referencias de la Prensa de aquel país —el más antiguo de América—, es el «mejor pase de pecho» que han visto en «este invierno». «Pechazo» le llaman, en una definición convencional.

Fuera posible que nos dedicáramos ahora a husmear en los tratados de tauromaquia y a hojear el «Cossío» para adoctrinar, un poco enciclopédicamente, qué es y qué no es el pase natural; y si es sólo el que se da con la izquierda, o vale también el que se da con la derecha. Sería, después de todo, una tarea fácil, y de todas las interpretaciones nos quedaríamos —para nuestro gusto personal— con la que hacen los autores de la «Tauromaquia de Guerrita», con estas palabras: «Cuando el animal llegue a jurisdicción y tome el engaño, se cargará la suerte, que se remata girando y estirando el brazo hacia atrás con sosiego, describiendo en los vuelos de la muleta un cuarto de círculo, a la vez que se imprime a los pies el movimiento preciso para que una vez terminado el pase quede el diestro en posición de repetirle».

He aquí de lo que se trata, para nuestro punto de vista: «estirando el brazo hacia atrás ¡CON SOSIEGO!» Porque pases naturales hemos visto muchos a lo largo de la temporada del año 1946, ya que es justo convenir en que actualmente se torea al natural con la izquierda con más frecuencia que nunca. Pero ¿cuántos «con sosiego»? Hoy no hay matador de toros, ni novillero puntero, que no se eche la muleta a la izquierda en cuanto le es posible para dar el natural o intentarlo, al menos.

Pero eso del «sosiego» ya no es tan corriente. Ocurre a menudo que de muchos «naturales» no se entera el público —porque no tiene tiempo de saborearlos— ni el propio toro, que pasa, entre lo que pone su impulso y lo que pone el torero, a una velocidad vertiginosa. Eléctrica, casi. Por eso hay naturales de naturales; y a veces nada quiere decir que un torero haya toreado al natural, si no se ha parado, ha templado y «ha cargado la suerte». ¡Cargar la suerte!, que es todo lo contrario de esperar al toro con los pies juntos. Que podrá ser un trance de valor, y de emoción por tanto; pero al que le faltará la gracia de la armonía. Y ¡del sosiego! de la tauromaquia de Guerrita!...

EMECE

Ayer y hoy

EL PASE NATURAL, por Antonio Casero

Debe ejecutarse con naturalidad, sin violencias, porque, de lo contrario, ya ven ustedes que no es natural...



ANTONIO CASERO *

De la temporada que pasó

EMOCION DE UNA CORRIDA



El fondo de la fiesta de toros ha sido siempre de tragedia. No quiere esto decir, que en todo caso ésta haya de surgir; pero sí que para lograrse plenamente la emoción estética de las corridas, la intinencia trágica ha de estar presente, aunque su realización, por fortuna, no debe llegar a consumarse. «Pantomima de trágica belleza», pareció la fiesta a Menéndez y Pelayo, que participaba, acendrados y sublimados por el riesgo, de valores de la esgrima y de la danza. Si el riesgo patente no acompaña a la realización de las suertes, queda todo en danza intrascendente, con su gracia y su estética peculiar indudables, pero que poco tiene que ver con el carácter que ha hecho única a nuestra fiesta.

El riesgo, el temor constante a la tragedia, ha de estar presente al espectador; la inminencia de un peligro impresionante y sangriento ha de rondar por el ruedo. Precisamente, y dicho sea como inciso, el torear entre cadáveres sangrientos de caballos subrayaba la impresión del peligro y la calidad funesta de éste, lo que se ha perdido en la fiesta actualmente humanizada; yo no lo lamento, pero me parece digno de ser notado. No niego que en la lidia actual, aun en los toros que llamamos de carril, con los que se consuman las faenas más plásticas y vistosas, no exista el riesgo. El riesgo de la intención de un toro puede estar oculto, pero existe vivo y temible hasta en los de condición aparentemente más dócil e incensiva. Pero lo cierto es que para lograr ese matiz dramático, que me parece parte esencial de las corridas, es preferible el riesgo aparente, aun siendo en realidad menor, que el oculto, aunque la incógnita del instinto y la forma de torear le hagan mayor. En los toros, que al fin y al cabo son un espectáculo, importa mucho la apariencia, y así, el que se vea el peligro, aunque sea en realidad remoto, importa más que el que exista, si no se ve patente.

Pocas corridas se presencian hoy en que esta emoción del riesgo llegue a sobrecoger a toda una Plaza; pero los que hemos tenido la suerte de presenciar las corridas de la feria del Pilar en Zaragoza, hemos sentido en una corrida, la primera, ensombrecerse la Plaza con el aleteo de los cuervos y los buitres del peligro mortal. Los toros eran de la ganadería de Samuel Flores; una corrida terciada

en cualquier tiempo, y hoy, más bien grande y con poder. Tenían genio, temperamento; punteaban, y los cuernos no eran, como en tantos toros vemos, excrecencia aparatosa e inútil.

Fué el primero en probarlo el más inexperto de los diestros de la terna, el Choni, que al torear de capa su primer toro quiso romper la reserva mostrada por el público ante dos faenas excelentes, y adaptadas a las condiciones de los toros, realizadas por Juanito Belmonte y Pepe Luis Vázquez. Cualquiera de las dos, ante el público más exigente, hubieran merecido los honores de la vuelta al ruedo; pero el de Zaragoza estaba aquella tarde en ánimo de reserva y dispuesto a no dejarse impresionar sino por lo sublime. Y esto llegó. El Choni, valerosísimamente, lanceaba a su toro, sin haber dado lugar a que, tanteado, pudiera juzgar de la manera de su embestida, y el toro acabó prendiéndole, campaneándole furiosamente, recogiéndole de nuevo de la arena y enviándole a la enfermería con los muslos atravesados por sendas cornadas. Pero ni esto logró desarrugar el ceño de los espectadores. Toreaba Juanito Belmonte el cuarto toro, el más reservón y nervioso de la corrida, en el tercio, con las ventajas de terreno y estrechamiento que la calidad del toro, no ya disculpaba, sino que pedía y justificaba plenamente. Ante las protestas, Belmonte sacó el toro a los medios, y allí empezó a torearle en el estilo que únicamente satisface hoy a los que se llaman aficionados.

El resultado previsible no tardó en producirse. Al rematar un pase, fué también volteado, suspendido por el vientre y horriblemente zarandeado. Por fortuna, las lesiones fueron leves; pero la impresión en el público fué tremenda. Airado, se volvió contra los que protestaban, y alguno de los que se habían significado más en sus vociferaciones fué detenido por la Policía a instancias del público, que ovacionó su salida del tendido entre los guardias.

Esto sucedía entre los espectadores; pero en el ruedo, entre los toreos, ¿cuál había sido el efecto?

En el ruedo también se había sentido el escalofrío de la tragedia. Un peón, al ganar un burladero, perseguido por el toro quinto de la corrida, tropezó, y

en poco estuvo el que volviéramos a presenciar un nuevo drama; otro se cruzó con el toro, que al cortarle el viaje estuvo a punto de perderle; más de un capote perdido en la desconfianza de la larga o el recorte alfombró el suelo. Por fortuna, un totero, Pepe Luis Vázquez, no había perdido la serenidad; antes parecía acrecida su habitual lucidez por el fondo trágico sobre que la corrida se, desenvolvía. Su capote empezó poniendo orden en las cuadrillas desmoralizadas. La lidia volvió a un cauce de sosiego y tranquilidad. Acudía a quites, a capotear, para dejar al toro en suerte en el sitio preciso. Finalmente, con la muleta, sacó el partido posible de las escasas cualidades de lucimiento que ofrecía el toro, y el público, respirando ya tranquilo arte aquel alarde de serenidad y de seguridad en sí mismo, le otorgó la oreja. El sexto toro, de mejores condiciones para el lucimiento, le dió ocasión a exhibir todo su arte: desde la profundidad de sus lances de capa, tan auténtica cuando olvida los gustos del público por los pies juntos, hasta el dominio y la gracia de su muleta milagrosa. Rodó el toro, y el público no se movía de sus asientos. Un sordo rumor, como de tesaca en temporal, se sobreponía al fragor de los aplausos. Cuando salíamos de la Plaza no podíamos decir que nos habíamos divertido, sino que algo muy hondo y muy fuerte nos había sacudido por encima de complacencias puramente de orden estético. Era la purgación por el terror en que, según los tratadistas clásicos, consiste la eficacia de la tragedia.

He querido perpetuar el recuerdo de esta corrida memorable porque en ella seftimos, desgraciadamente en proporciones indeseables, el colmo de la emoción taurina, de la emoción de la fiesta. Ojos que veían y corazones que sentían. No; no deseamos que llegue tan a lo auténtico la emoción. Pero la sensación de peligro es tan necesaria en el ruedo como las calidades técnicas o plásticas del toreo.

JOSE M. DE COSSIO



Juanito Belmonte también fué cogido en la Feria del Pilar



El Choni, que en la misma Feria tuvo una cogida gravísima

EL TOREO ANTIGUO y el ESTUPOR MODERNO

Por espacio de veinte años pisa los ruedos de las Plazas de toros un deficientísimo estoqueador, pero torero notable en grado superlativo también, llamado Fernando Gómez y García, apodado primeramente Gallito, para distinguirlo de su hermano José —banderillero en la cuadrilla de Lagartijo—, y el Gallo después; su nombre brilla entre las constelaciones de la época de la Restauración y de la Regencia inmediata, salta en cada página de los periódicos de aquel tiempo, decora las planas ilustradas de la Prensa profesional durante el mismo período histórico y, viejo prematuramente, por la enfermedad que en él se ceba, viste por última vez el traje de luces en Barcelona con fecha 25 de octubre del año 1896.

Una semblanza suya, publicada en *La Lidia* el año 1882, decía así: «Vedle en el sitio del peligro; allí está como se debe estar: fresco, sereno, casi impenetrable; despliega el trapo, y sólo el Gordo, en determinadas ocasiones, muy contadas, por supuesto, puede ejecutar aquellos naturales, aquellos pases en redondo, en que parece que el pitón juega con el adorno de la taleguilla; aquellos magistrales pases de pecho, en que, una vez terminada la suerte, el torero vuelve a juntar los pies y espera que se le vuelva la fierra para volver a tomarla, siempre con la vista dirigida al público, siempre la sonrisa jugueteando en la boca.»

La semblanza dicha nos habla después de las flaquezas del Gallo cuando se ve precisado a entrar a matar; pero a nuestro propósito conviene solamente transcribir lo que aparece entrecomillado.

Nadie, excepto Antonio Carmona, el Gordito, y «sólo en determinadas ocasiones», podía igualarse con Fernando Gómez en la ejecución de «aquellos naturales», de «aquellos pases en redondo». Así se expresa el crítico de *La Lidia*, en quien creemos adivinar a Juan Martos Jiménez, Alegrías, un abogado malagueño, que fué el primer director que dicho semanario tuvo, y agrega: «Parece que el pitón del toro juega con la taleguilla.» Hay que fijarse en esto y hacer hincapié en las precedentes transcripciones, siquiera sea para tapar la boca a los que con una audacia tan grande como su desconocimiento y una mendacidad propia de su ignorancia, se erigen en debeladores del tiempo pasado y afirman que el toreo de ayer era todo baile, trapazos, barullo y carreras alrededor y a gran distancia de las reses.

El afán con que hemos leído siempre las viejas revistas taurinas no hemos de ponderarlo a quienes conozcan nuestros gustos por este género de lecturas, en las que encontramos siempre una riqueza episódica considerable y llena de amenidad, amén

de no pocas cosas muy interesantes, que nos brindan temas para trabajos como el presente, en el cual, puesto que se refiere al viejo Gallo, sentamos la afirmación de que dicho torero consiguió una sólida reputación observando la rigurosa disciplina del arte puro —cuando éste no lo racionaban los toreros ni existía la monotonía actual—, y adornó el mismo con las gracias y seducciones de un orden privativo, y una de ellas, entre las más meritorias y de mayor exposición, fué su famoso «cambio de rodillas».

La fiebre novísima de confundir las cosas, o de bautizarlas con nombres absurdos, hace que no pocos den el mencionado a la «larga cambiada», y hora es ya de hacer una rectificación puritana que establezca la diferencia que existe entre una suerte y otra.

Lo dijimos ya en el número 94 de EL RUEDO, correspondiente al 11 de abril del año pasado; pero bueno será repetirlo, en vista de la contumacia con que persisten en el error cuantos escriben a tontas y a locas:

«El verdadero cambio de rodillas con el capote se daba cogiendo éste con las dos manos; tanto más mérito revestía la suerte cuanto más recogido se ofrecía aquél a la res; se llamaba la atención a ésta, señalándola el viaje hacia los terrenos de dentro, y cuando, tras arrancarse la misma, llegaba a jurisdicción, se le daba la salida por el lado opuesto, es decir, desviándola, haciéndola cambiar el viaje y echándola por el terreno de fuera.»

Véase al Gallo en la fotografía que ilustra estas líneas; obsérvese de qué forma agarra el capote, y tendrán los lectores una idea de lo que era el «cambio de rodillas» ejecutado por él y sus seguidores. Si, como escribía *La Lidia*, al Gallo le rozaban los pitones de las reses los adornos de su traje cuando pasaba de muleta, calcúlese lo que le rozarían la montera cuando interpretaba dicha suerte, a la cual dió en su tiempo un estado posesorio y exclusivo.

Una vez tan sólo se le vio practicar: fué en Zaragoza, el 3 de mayo del año 1894, en una corrida en la que alternó con Enrique Vargas, Minuto, y nunca hemos olvidado la impresión que produjo en nuestro ánimo de aficionados incipientes aquel toro, torpe ya por sus acha-



Fernando Gómez, el Gallo, matador de toros. Nació en Sevilla el 13 de agosto de 1849. Recibió dos alternativas en Sevilla, en 1876 y 1877, y la confirmación en Madrid, hecha por Currito, fué el 4 de abril de 1880. Dejó de torear en 1896, y murió en Gelves (Sevilla) el 2 de agosto de 1897. Fué padre de Rafael el Gallo y Joselito.

ques, viéndole, impávido, cómo dejaba llegar hasta su pecho a un torazo enorme de don José Clavel, para despedirlo gallardamente, suavemente, con la punta del capote hacia el terreno de fuera.

Qué importancia tiene, al lado de aquéllo, esa que ahora llaman «pase estatuario», ni qué comparación puede hacerse entre dicho «cambio» y la «larga cambiada», en cuya ejecución se despliega el capote en toda su longitud, de punta a punta.

Y en lo atinente a las transcripciones que antes hacemos de *La Lidia*, reconozcan los aficionados sensatos que no son tan altas ni tan concretas las fronteras que algunos indocumentados pretenden establecer entre el toreo antiguo y el moderno, pudiendo estar seguros de que, al hacerse una visión de los valores pretéritos, no saldrían éstos tan mal parados como todo lo que es objeto de las exageraciones de nuestros días, de ser éstas referidas a su vez, puesto que lo que las produce se caracteriza por el provecho real, sino por el momento momentáneo, como todo lo que ocasiona una estrepitosa defecación culminante en vez de una admiración reflexiva.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MURTO ES!

C. S. 150

UNA CORRIDA MEMORABLE

LA ÚLTIMA VEZ QUE BELMONTE ACTUÓ EN MADRID VESTIDO DE TORERO

MUCHO se ha escrito de este singular torero, y mucho se ha de escribir aún.

Pero siendo bastante lo que de Belmonte se ha escrito y hablado, parece ser que quedó enterrada la fecha del 22 de septiembre de 1935, día en el que se registró uno de los acontecimientos más notables de su vida.

Y ahora, al cabo de los once años transcurridos, he creído conveniente desempolvar la corrida celebrada en la expresada fecha, porque en ella, por última vez, Juan actuó vestido de luces en la primera Plaza de España.

Por Eduardo Pagés empezó en los medios taurinos a conocerse la decisión de Belmonte.

Corría el citado año 1935, y el popular empresario plasmaba la formación de una pareja de novilleros de glorioso abolengo: el hijo de Juan y el primogénito del desventurado Ignacio Sánchez Mejías.

—Dentro de poco —decía Eduardo a un periodista—, empezarán los chavales a presentarse en las Plazas, y en 1936 tengo la seguridad de que monopolizarán el interés de los públicos.

—Ya se masca el acontecimiento —agregó el reportero—. ¡Belmonte dando la alternativa a su hijo!

—Usted no conoce a Juan —repuso Pagés—. Precisamente por ello se va a alejar de los palenques en su aspecto de matador de toros. ¡Los que tengan interés en presenciar sus postreras actuaciones, que no desaprovechen el mes de septiembre!



Fotografía de Belmonte con el último vestido que lució ante los aficionados madrileños

No se volvió, por aquel entonces, a hablar más de la resolución de Belmonte, y muchos de sus más entusiastas partidarios no dieron crédito al vaticinio del dinámico empresario.

Pero su hijo y el de Sánchez Mejías, según pronosticó Eduardo Pagés, empezaron a triunfar ruidosamente, y en el cerebro de Juan se hizo más fuerte la idea de alejarse del toro.

Cerca de un cuarto de siglo ejerciendo la peligrosa profesión, veintidós años de alternativa, dando, en unión de Joselito, a la tauromaquia su época más floreciente, y, al final de la jornada, un hijo torero!

Ni su apoderado, don Joaquín Gómez de Velasco; ni su empresario exclusivista, Pagés, se atrevieron a insinuarle desistiera de su propósito.

Llegado el mes de septiembre, lo empezó toreando Belmonte el día 1 en San Sebastián, y continuó haciéndolo el 5 en Aranjuez, el 8 en Andújar y el 15 en Valladolid.

Cuando, en los sitios públicos de costumbre, se fijaron en Madrid los cartelés anunciando, sin ninguna advertencia de despedida, para el domingo 22, la actuación de Juan en unión de Marcial Lalanda y Alfredo Corrochano, con seis toros de don Francisco Sánchez, de Coquilla.

Desde la víspera se acabaron los billetes, y minutos antes de dar comienzo el espectáculo no cabe «un alfiler» en la Plaza.

Aparecen en el albero las cuadrillas.

Belmonte, con su cadencioso andar y ligeramentelivido, viste un traje granate. La guarnición, bordada, es de seda blanca.

Al cambiar el capote de paseo por el de brega, todas las miradas se reconcentran en el principal actor del drama que va a empezar, y estallan los primeros aplausos.

Estos se convierten en ovación cerrada, y Juan hace salir al tercio, para que participen de ella, a Marcial y a Corrochano.

Los tres espadas, corteses y animados de los mejores propósitos, se quitan la montera.

Déjase oír el tableteo de los timbales. El primer toro pisa la candente arena...

Regístrase el único desagradable incidente de tan histórica fiesta.

Este toro, bravo, al perseguir a un peón, se rom-



Su última fotografía después de la gloriosa jornada. Rodean a Belmonte: De izquierda a derecha, el gran aficionado don Manuel Eulate; Fernando Gillis, Claridades, popular crítico y teniente coronel de Intendencia, caído, al siguiente año, por Dios y por España en Paracuellos de Jarama; don Gelasio Martínez de Velasco; don Gabriel Navarro; el doctor don Miguel Serrano, ya fallecido, que quería a Juan paternalmente, y el peruano don Félix del Valle: «belmontistas» todos hasta la medula de los huesos (Foto Santos Yubero).



Con pulso firme y sereno, Juan firmó de su última corrida este billete, de asequible precio, que Yubero guarda como una reliquia

Y mientras Belmonte recorría en triunfo el albero, exhibiendo las orejas y el rabo del toro Hocicón, los banderilleros devolvían sombreros y otras prendas de vestir que, incesantemente, arrojaban los espectadores (Foto Santos Yubero).

pe por la cepa el cuerno izquierdo, y es sustituido por otro de Lorenzo Rodríguez, negro, astifino y de nombre Buenasombra.

No se inmuta Belmonte por el cambio, y llegado el último tercio, realiza una gran faena, sobresañendo los pases naturales ligados con los de pecho, pléticos de quietud y temple. ¡Belmonte!

Un buen pinchazo y media estocada superior son el colorín de la magnífica labor, premiada con corte de orejas y una prolongada ovación.

El espada, sonriente, recorre el anillo, y un espectador joven se lanza con un busto de Juan, se lo ofrenda, y con él acompaña en su triunfal vuelta.

El entusiasmo es indescriptible.

Continúa la corrida, y aparece, en cuarto lugar, Hocicón, de Coquilla, también negro, señalado con el número 83. ¡El último que Belmonte va a matar ante los madrileños, vestido de torero!

Pero el toro es manso y huído. Los banderilleros pasan muchos apuros para cumplir con su cometido.

Refúgiase el toro, de sentido, en las tablas del 7, y en ellas «aconchado», se dispone a la defensa.

Y Belmonte, aquel Belmonte a quien motejaban los «joselistas» diciendo que para triunfar necesitaba su toro, se dirige en plan de lucha al lugar donde la fiera se halla dispuesta a vender cara su vida.

Los espectadores, con la respiración en suspenso, no pestañean, y Juan, solo en el terreno del astado, le mete la muleta en el hocico, se dobla con él, veniéndole y dominándole en una pelea emocionante. Y reducido el bovino a la obediencia del gran torero, hace éste cuanto quiere, ante el asombro del enardecido público.

Vencido el toro, en aquel mismo lugar perfílese Juan, y entrando derecho, entregándose, dibuja en las «agujas» del cornúpeto media estocada. Rueda a sus pies Hocicón, y la Plaza trepida de entusiasmo.

Se conceden al espada las dos orejas y el rabo —¡el primero cortado en el monumental coso!—, y Belmonte, ante una lluvia de prendas de vestir, da dos vueltas por la arena con la sonrisa dibujada en el semblante.

Ante tan apoteósico triunfo, un espectador del toro arroja al diestro una moneda de cinco pesetas envuelta en un billete del Banco de España de cien —que recoge Rosalito—, diciéndole: «¡Me ha costado mi localidad cuatro duros! ¡Toma! ¡Tú vales más!»

De los tendidos, donde ya se generalizó la noticia de que Belmonte toreaba así por última vez en Madrid, salen estentóreas voces de: «¡No te vayas!»

Al regresar Juan al hotel, ya se encontraban en él la plana mayor del belmontismo y Santos Yubero, dispuesto a atacar al célebre lidiador.

Belmonte, sin desvestirse, se sometió al deseo del fotógrafo, y éste consiguió le firmase el billete de la localidad que antes ocupó en la Plaza, billete que Santos Yubero conserva como oro en paño.

No faltó quien dedicase un recuerdo al desventurado Joselito, reflejándose un gesto de amargura en la efigie de quien con él compartió —a mi juicio— la más gloriosa etapa de la tauromaquia.

DON JUSTO



LUIS MIGUEL DOMINGUIN, UN JINETE DE PURA ESCUELA ESPAÑOLA



Luis Miguel, garrochista, y el duque de Pínohermoso, «amparador» esta vez, inician el acoso

El duque, en su caballo tordo, es el que ha derribado aquí, mientras Luis Miguel colaboraba



El rejoneador puede aquí al torero y muestra orgulloso un caballo portugués, «más orgulloso todavía»...

NO hace aún mucho tiempo que el duque de Pínohermoso dió, en su finca Monasterio, una de las clásicas fiestas camperas. El coche que nos traía de El Escorial se empeñó en que llegáramos tarde; pero no tanto que al divisar el prado grande no viéramos la clásica escena de derribo: dos garrochistas perseguían a una res. Desde lejos presenciábamos el acoso. Debían de estar en el primer tercio de la carrera, porque en aquel momento corría más la res; empezaba el acoso de la misma manera que cuando se trata de apartar ganado.

—El que «ampara» parece el duque —le dije yo a mi amigo—; pero el que va a derribar, no sé quién es.

Nos acercamos un poco más. La res estaba separada ya del rodeo o de la piara y se dirigía hacia la querencia. El que «amparaba» fijaba la dirección de la carrera, que entraba ya en el segundo tercio. La res se encontraba en estado de poder «soltar el caballo». El que iba a derribar apuró bien, la alcanzó y procuró castigarla con la puya, agarrando por el lomo o por las palomillas. La maestría en el acoso hizo fácil la operación. El que «soltó» primero se colocó hábilmente en el lado de la «echada», que es el derecho de la res, y el que «amparaba» se quedó al lado izquierdo para auxiliar la precisión y conclusión de la suerte. Mi amigo fijó la mirada, y tras la observación exclamó, convencido:

—Es Luis Miguel.

Momentos después hablábamos con el gran torero.

—Luis Miguel, es usted un jinete consumado.

—Tengo afición a montar, eso es todo.

—Todo, no; derribar «de violín» no es fácil, y usted ha sujetado magistralmente.

—El bicho era ligero y de poco peso. Era el re-



Luis Miguel salta, con Noche careto, una doble barra. Un caballo. Tres metros.



El amor al caballo es la primera de las técnicas. Jinete que no acaricie y dé comida, malo...

Cuida en el campo su preparación física ante la próxima temporada

Su afición al rejoneo y al derribo le llevan a una práctica constante de la equitación

curso obligado. Prefiero, sin embargo, la «falseta», para echar «mucha carne»; pero no es esta fase final de derribo la que más me gusta. Sufro viendo a la res en el suelo. Prefiero la carrera, el momento de puyear la res, para saber si se la puede derribar, y en vez de castigarla, punzarla tan sólo con la garrocha para que se aligere...

—¿Ha nacido aquí su actual afición al rejoneo?
 —Aquí y en la Plaza, viendo a los maestros.
 —¿Qué caballos tiene usted hoy en su cuadra para esa preparación física, casi deportiva, que hace usted de temporada a temporada?
 —Tengo a Solimán, la Tortelete, Arreses, Noche y Día y un tordo portugués que acabo de comprar y que no tiene nombre...
 —¿Tan bueno es?
 Luis Miguel sonríe, y dice:
 —No; «no tiene nombre» porque aun no he pensado cómo llamarle.
 —Creo que, en su afición al campo, tiene usted galgos también...
 —Sí; para correr liebres. Así monto a caballo, que es lo que más me gusta... después de torear.

Dejamos al torero. Su figura esbelta va adquiriendo con estos «trabajos» del campo otro aire más fornido. Dijérase que «a su edad» se va desarrollando como un deportista puro. Para estar mejor con el toro luego, monta, juega y derriba ahora. Su arte del rejoneo —cree él que por depurar aún— le acerca cada día más al caballo, sin dejar al toro. Por eso, Luis Miguel va aumentando y mejorando su cuadra. Para los verdaderos jinetes, el caballo representa «la conquista más noble del hombre». Y Luis Miguel Dominguín, además de un gran torero, es un gran jinete.

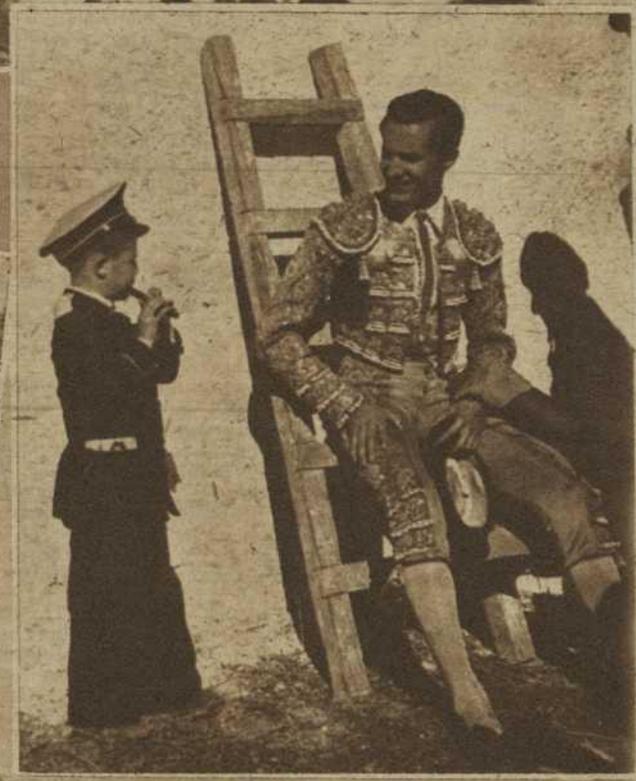
G.



La Tortelete, hermosa yegua blanca, posa con su dueño en actitud cinematográfica. Presume, porque es guapa



Luis Miguel, cazador. Nada mejor para el espíritu y para el cuerpo. Y un libro para el descanso



Un concierto de flautín a cargo del más joven de los músicos del pueblo. Algo así como el brindis musical del niño al torero



Galgos españoles de un torero español. El campo, sin perros, parece menos campo. Mas no es sólo el ambiente... Es que su afición a barca también esto



En plena faena de acoso y derribo (Reportaje gráfico de Cano)



precioso castaño
correcto estilo a
salto

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NO habría vuelto a poner la pluma sobre el convenio hispano-mejicano de intercambio de diestros hasta que estuviese definitivamente redactado y aprobado por las partes interesadas; pero no debo pasar por alto los comentarios que en alguna Prensa taurina mejicana suscitaron las opiniones aquí sostenidas.

En el número 114 de *La Fiesta* se reproduce un párrafo, correspondiente a un *Pregon de Toros*, en el que, en sustancia, venía a decir que, según las informaciones que llegaban a mis manos, los diestros aztecas no estaban nada conformes con el convenio vigente, por considerarlo lesivo para sus intereses artísticos y económicos, y que como los diestros españoles y muchos aficionados que se preocupan de estos asuntos estimaban que el mayor perjuicio era para los nuestros, había llegado la hora de proceder rápidamente a la revisión del convenio.

"El Grupo Taurino —escribí textualmente— del Sindicato Nacional del Espectáculo puede y debe ofrecer la iniciativa al organismo similar de Méjico para que haya un proyecto en el que puedan quedar subsanados los perjuicios que sufren sus diestros con el actual pacto de Madrid." (Llamé "pacto de Madrid" al convenio porque así lo vi escrito en algunos periódicos mejicanos.)

Al párrafo que transcribía *La Fiesta* de mi *Pregon* en EL RUEDO seguía éste de Chávez, titular de la sección *Herradero*:

"Los toreros mejicanos tienen la palabra. Y en tanto ellos recogen el guante y responden, *La Fiesta* hace algunos comentarios en su página editorial. La gravedad del caso lo amerita, y debe abordarse, de una vez, por todas, con buena voluntad, con seriedad y también con dignidad."

Claro es que ellos llegan a tal conclusión por otros caminos como el que se pone de relieve en este párrafo:

"Ante todo, digamos que los lidiadores peninsulares traen corridas fijas en la Plaza de la metrópoli, a muy buen dinero, cobrando anticipos antes de emprender el viaje, y que, al final de temporada, todos, absolutamente todos, hasta el peor de los novilleros importados, retornan con varios miles de duros en el bolsillo. En cambio, los toreros mejicanos —a excepción de Carlos Arruza— van a la aventura, tienen que torear en condiciones económicas desventajosas por todos conceptos, lidian corridas poco propicias al éxito, y cuando termina la temporada, se encuentran con que han gastado el dinero que llevaron de América, tienen bastante deudas y no cuentan con las pesetas indispensables para el viaje de regreso."

El que los diestros españoles vayan a Méjico en las condiciones que señala *La Fiesta* es una consecuencia de la limitación en el número de los que pueden ir y de las corridas que puede torear cada uno de ellos, en la mena toda de una sola Empresa, que ha hecho posible tanta garantía. No es posible aceptar, sin embargo, que Carlos Arruza haya sido una excepción en lo de venir a España a la aventura. Fué, por el contrario, el primero en correrla al actuar en Madrid como una especie de globo-sonda antes que ninguno de sus compatriotas. Lo que ocurrió es que la aventura fué venturosa, y en la temporada siguiente a la de su presentación pudo torear, por sus méritos, ciento ocho corridas, por las que cobró abundante dinero, también por sus méritos.

Todos los mejicanos vienen a la aventura, como los mismos españoles en su Patria, y, en general, el dinero que cobran y los toros que lidian son las consecuencias de sus propias actuaciones. Piden y exigen los que, como Arruza, se sitúan en condiciones de hacerlo. Pero conste a mis queridos y admirados colegas de *La Fiesta* que es verdad, absolutamente verdad, que aquí todos los diestros mejicanos, sin excepción, son recibidos por los públicos con los brazos abiertos, con la mejor disposición para ayudarles en su aventura. Las posibilidades en España para los aztecas son las mismas que tuvo Carlos Arruza y siempre algo mayores que las que tienen los españoles.

Nosotros, con bella frase de Juanito Belmonte, pronunciada ante el micrófono de Radio Nacional en una emisión para América, que dijo: "Hemos de hacer honor a eso de que nos llamen Madre Patria, y bien sabido es que las madres lo dan todo por los hijos", no queremos hacer otros reparos a nuestros queridos colegas de *La Fiesta*, que hablan de un guante que no hemos arrojado a nadie.

EL PLANETA DE LOS TOROS

La gracia de antes y la de ahora

REALMENTE, esto de la gracia es meternos en honduras, y uno está acostumbrado a caminar por la superficie de las cosas. Pero vamos allá. ¿Qué es la gracia? Acogiéndonos a la acepción que más nos conviene, es el garbo, donaire y despejo en la ejecución de los lances del toreo. ¿Es indispensable la gracia para torear? Sebastián Miranda, al que estamos exprimiendo el jugo de su idea en pro de la corrida perfecta, contesta:

—Sin gracia no puede haber arte.

Sin arte no puede haber fiesta de toros. Es decir, la hubo. Antes de Juan Belmonte la lidia era una lucha. Los grandes maestros, anteriores a él, eran grandes técnicos. ¿Artistas también? Sí; a ratos, en cosas adjetivas al cruce del torero y el toro, al lance de capa, al pase de muleta. Lagartijo tuvo arte, elegancia, en una larga, en un adorno, en la preparación de un par de banderillas, haciendo el paseo. Como la tuvo Antonio Fuentes. Quizá alguno más. Muy poquitos más. Ahora, producir una emoción estética en la ejecución de una verónica, de un natural, hasta Belmonte nadie supo lo que era eso. Hasta Belmonte se vivió del dicho de Lagartijo: "Que viene el toro, se quita usted. Que no se quita usted, le quita el toro." Juan Belmonte modificó esta sentencia, diciendo: "¿Que cómo puedo torear sin fuerzas para correr? Es que yo creo que el que tiene que correr es el toro." He aquí, expresadas en cortas palabras, dos concepciones antagónicas del toreo. ¿Con cuál quedarse? No creo que haya duda. Belmonte consiguió vencer bellamente, patéticamente, las dificultades técnicas de la lidia de un toro. Sus predecesores no lo lograron nunca. Hubo atisbos, deseos. Antonio Montes afirma que torear con las manos bajas, bueno, un poco más bajas que sus compañeros. Pero Belmonte llegó con su cuerpecillo no muy alto, con su aire cansino, con su carencia de facultades físicas, y todo esto desaparecía cuando, capote o muleta en mano, torear. Entonces —ahí están sus fotografías— se transformaba, y la armonía de sus movimientos, el ritmo perfecto de brazos y piernas, componían una figura que, junto a la del toro, formaban un grupo admirable, y esto "volcó" al toreo, como dicen, gráficamente, los taurinos.

¿Que esta apatencia artística es hoy un vicio? Ciertamente en aquellos no poseedores del don de la gracia. Pero es cualidad, y cualidad excelsa en aquellos pocos, poquitos, que hoy hacen el toreo, no como Belmonte, pero sí a su manera. Y en estos avances de todo arte no cabe el retroceso, si no es para morir. Y hoy por hoy, no espero la muerte de la fiesta.

Los tiempos pasados! No, no les echemos de menos. Te contaré una anécdota. Verás. Una tarde salimos de los toros. Tomé, con otros amigos, un tranvía con jardinera. Nos acomodamos en ésta. Frente a mí iba sentado un vejete, con la coquilla de un puro apagado aprisionada por la comisura de los labios. Nuestra conversación versaba sobre lo aburrida que resultó la tarde de los toros. Se decían los tópicos de siempre: "¡Ya no hay toreros!" "¡Aquel Guerrita!" "¡Aquel Espartero!" "¡Aquellas toros!" "¡Entonces, entonces!" El vejete nos oía muy atento. Ya cerca de la Puerta del Sol, le pregunté: "Y a usted, abuelo, ¿qué le parecían las corridas de antes?" El vejete me miró, sonrióse, sacó su caja de cerillas, encendió una y, antes de aplicarla al cigarro, dijo: "Así, alumbrándonos con cerillas, salíamos casi todas las tardes, porque siempre se hacía de noche." De modo que no nos ofusquemos con lo pasado, que bien pasado está. Hoy, cuando un buen torero realiza una buena faena, ésta es infinitamente superior a todas las antiguas. Antes también salían toros bravos y nobles; pero a estos toros los lidiaban casi de pareja manera que a los otros: con más desahogo, con más facilidad, pero con la misma técnica, sin arte. Hoy, un gran torero jamás desperdicia un toro pastueño. Lo que ocurre es que salen muy de tarde en tarde. Y contra esto vamos, a que en tres o cuatro



Antonio Fuentes

Antonio Montes



corridos al año tengamos la seguridad de que podemos ver seis toros, para tres toreros. ¡Ah!, pero a tres toreros de verdad, dueños de la gracia de ahora, de la que se derrama, no al margen del lance, sino en el lance mismo, cuando el toro se cruza con el torero, la gracia que trajo Belmonte y que hoy poseen pocos, muy poquitos, quizá no llegan a la media docena; pero aun así y todo, suficientes para contemplar unas faenas bellas, plásticas y toreramente.

Ya ha hablado bastante Sebastián Miranda. De aquí en adelante hablarán otros, toreros, ganaderos, aficionados, a ver lo que opinan de esa corrida perfecta, que ya ha sido cobijada en las páginas del gran semanario mejicano "La Fiesta", donde apareció nuestro primer artículo íntegro, por lo que en mi nombre, y si el director de EL RUEDO me lo permite, en el suyo, envío al colega mi expresivo agradecimiento.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



El marqués de Albayda es partidario de que se aminoren los efectos de la puya triangular

A juicio del ganadero, la de limoncillo reunía mayores ventajas

"Hoy el arte de torear está encerrado en unas normas cortas y estrechísimas"

La opinión de don Antonio Pérez de Herrarte y Orellana, marqués de Abayda, tiene un destacado interés, por ser el juicio de un excelente aficionado a la Fiesta nacional, a la que desde hace más de veinte años viene consagrándose como criador de reses bravas.

Hoy, que muchos ganaderos se dejan arrastrar por un ideal puramente económico, la figura del marqués de Abayda —que da una o dos corridas al año— adquiere un puro relieve de desapasionamiento en esta cuestión de las puyas, cuyo debate daremos por terminado en breve.

El marqués de Albayda, en el confort suave y amable de su hogar, nos acoge cordialmente. Conoce el tema y las respuestas que llevamos publicadas. Contesta a nuestras preguntas con buen ánimo. El señor de Albayda entiende que, si se ha de mantener el primer tercio, ha de irse a la modificación de la puya actual. El toque de alarma dado por José María Cossío y recogido por EL RUEDO debe ser considerado, no como tema fácil para entretener ocios invernales, sino como problema de acuciante solución, que no admite esperas.

A juicio del ganadero, el hecho de que los públicos se vayan desentendiendo de la suerte de varas no es argumento para aquellos llamados a poner remedio. Los públicos actuales, bastante castigados van con no haber conocido la suerte cuando se practicaba en toda su pureza.

—En nuestros días —prosigue don Antonio—, la suerte de varas se ha convertido en el acoso del toro por el picador, casi siempre cuarteando el caballo, cuando no realizando las consabidas vueltas «a la noria», mientras la lanza va introduciéndose en una graduación sin fin...

—¿Cuáles son, a su entender, las finalidades de la suerte a que nos referimos?

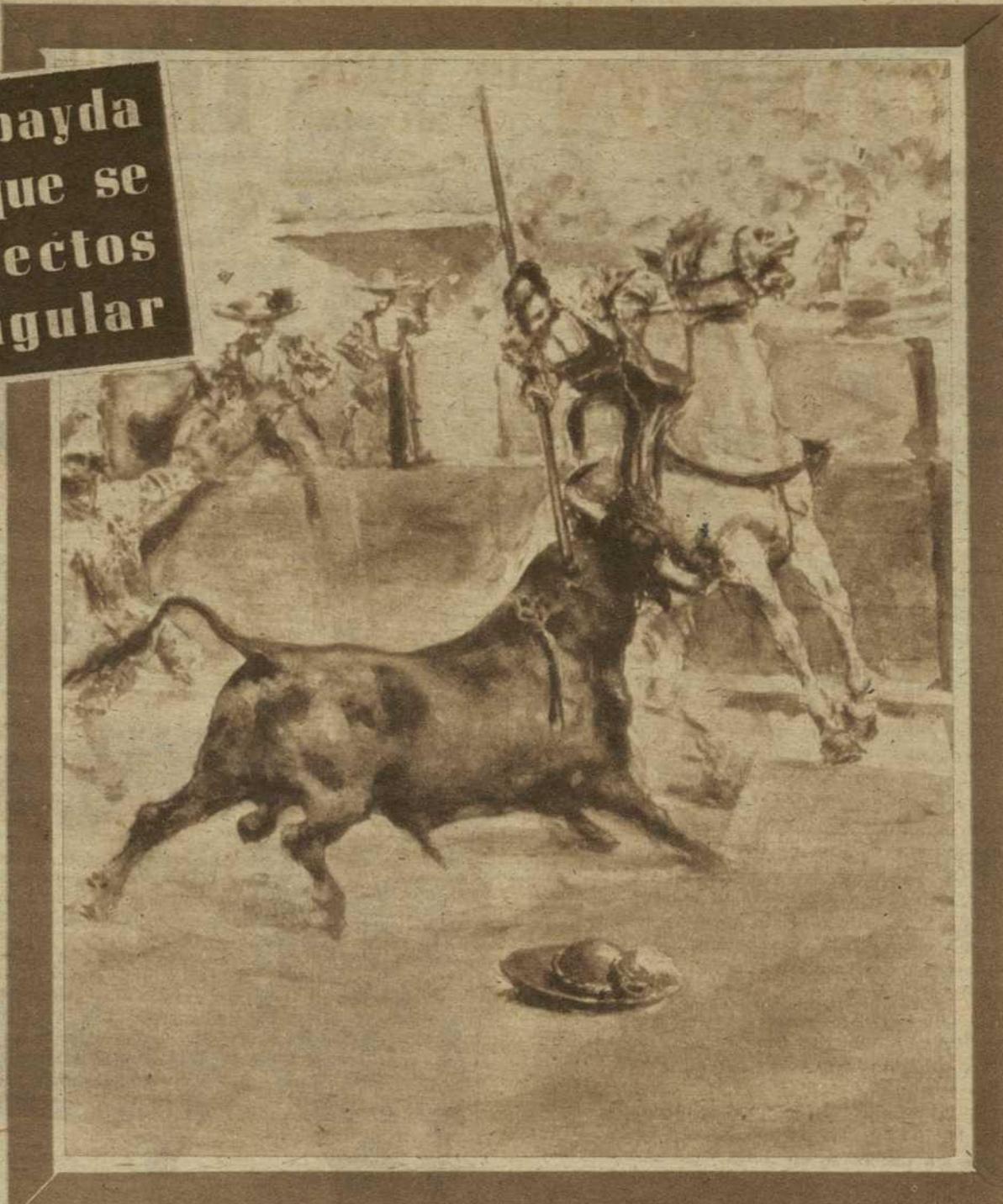
—Dos, ambas muy sencillas. La primera, calibrar la bravura del bicho. La segunda, dejarlo en perfectas condiciones para la lidia; que no quiere decir que el toro llegue moribundo a la jurisdicción del matador.

—Pero habrá que admitir que para hacer el toro al uso...

... incluso para en estos tiempos poder cortar una oreja se precisa que el toro se arranque en realidad. Porque ningún aficionado que se precie de serlo puede confundir la arrancada voluntaria del toro con el adelantamiento lento y sin fuerza de la cabeza del animal. En descargo del torero, ¿cómo voy a silenciar que está es precisamente lo que el público se obstina en exigir?

—¿Dice usted que hoy no puede apreciarse la bravura del toro, al menos en el primer tercio?

—Y me ratifico en mi afirmación. Y si no, fijémonos en el espectáculo que ofrece el toro a poco de salir de los chiqueros. Tanto los que sacan una embestida fuerte y alegre como los



que no la tienen, se encuentran con el marronazo del «reserva», pobre señor cuyo cometido es soportar la primera costalada.

A continuación, cerrándole la salida y al revuelo de los capotes, le echan encima el caballo del picador de tunda, casi nunca desde largo, a fin de que éste pueda meter la puya donde le plazca. Luego, viene lo de barrenar, «carioquear», todo... menos ahornar la cabeza de la res.

—¿Es usted antipetista?

—Como buen aficionado, nadie puede ser partidario del peto. Contra la coraza de hierros y algodón, el toro no puede recargar como lo haría cuando no existía. Es lógico que el toro se duela y desconfíe en cada encontronazo. Pero no menos cierto es que los tiempos han evolucionado, y hoy la inmensa mayoría del público no resistiría el espectáculo de los caballos con las vísceras al exterior.

—Usted abunda, por tanto, en la idea de que el toro recibe un desproporcionado castigo.

—Evidente, sin duda alguna. Si se reconoce que hoy es frecuente que toros hechos, de cuatro años y de trescientos kilos, llegan moribundos, pese a su trapío, a la muleta, ¿qué vamos a decir de los muchos uteros de doscientos veinte kilos, que son los que se lidian en la mayoría de las corridas, pues que el castigo recibido no guarda una prudente proporción?

—¿Ve, Marqués, alguna solución para evitarlo?

—Acaso se consiguiera reformando las condiciones de la puya en el sentido de que se disminuyeran sus mortíferos efectos actuales. En cambio, habría que aumentar el número de puyazos.

—De admitirse la reforma de la puya, ¿por qué dispositivo se inclina usted?

—La puya de limoncillo, que tenemos hace años, reunía muchos menos inconvenientes de cuantas con posterioridad se han ensayado. El limoncillo —susceptible, claro está, de perfeccionamiento—

reunía la ventaja de no profundizar en la demasia que lo hace la puya triangular.

—A intentar evitarlo vino la arandela...

... pero todos vemos que, acaso por lo exiguo de su pestaña, la arandela no impide, en muchos casos, que desaparezca tras la puya, por la brecha practicada al animal.

—¿Tienen responsabilidad los lidiadores en la decadencia de la *intausta* suerte de varas?

—No es lícito achacar la culpa a la cuenta de los picadores, ni a la de los espadas. Es la evolución de la afición, que se fija sólo en el matiz preciosista de la fiesta. Hoy, los toreros, cuyo único fuerte es lidiar, no tienen nada que hacer en este estado de cosas.

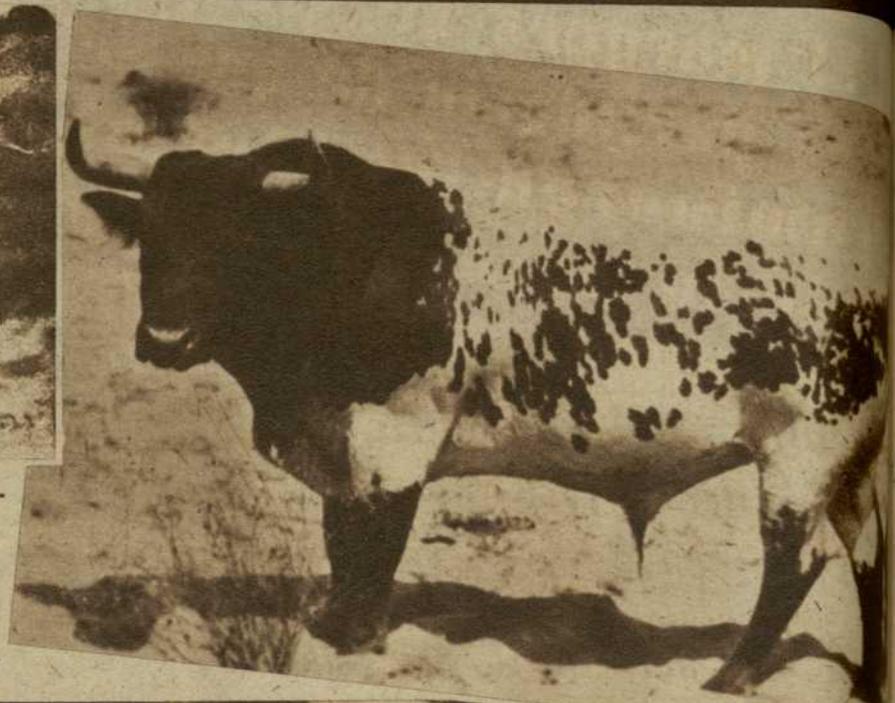
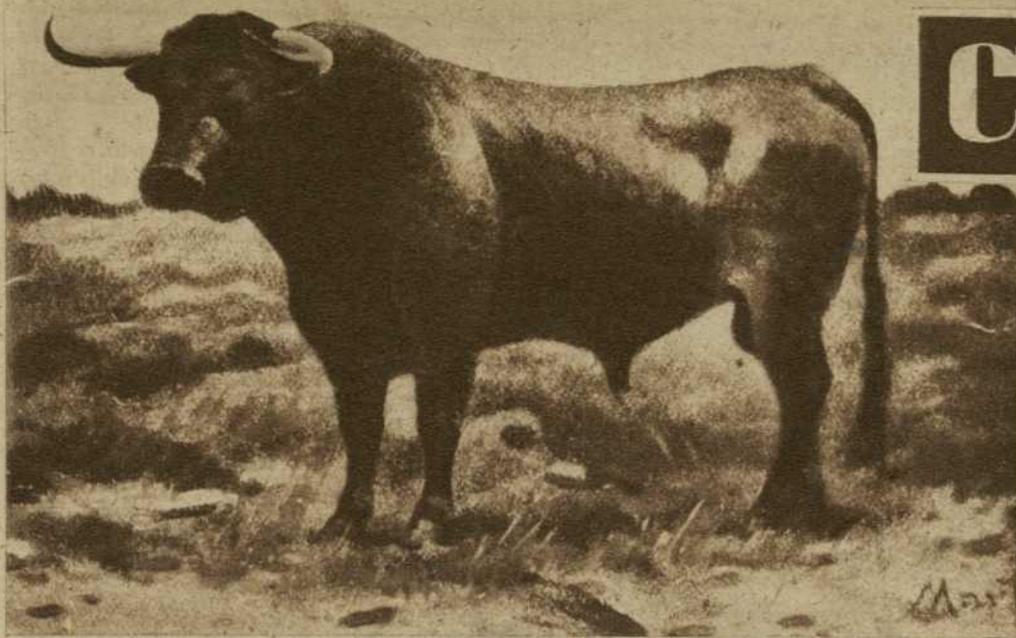
—¿Qué diferencias esenciales observa en esa evolución?

—El arte de torear de tiempos idos, esa es la forma de cómo el diestro conseguiría vencer las dificultades del toro. Hoy, ese arte está constreñido en unas normas cortas y estrechas, encaminadas todas ellas a que el torero haga una determinada faena. Esta es la razón de que algunos ganaderos hayan pretendido conseguir un toro «standard» para esa clase de lidia.

Al despedirnos de nuestro amigo, le escuchamos lamentar con tono amargo y preocupado de la *inversión de términos* producida en las ganaderías. El antiguo ganadero orientaba sus afanes a conseguir, a puro de trabajos sin cuento, un tipo máximo de bravura en las camadas.

Hoy, en cambio, la vigilancia del ganadero estriba en delimitar esa bravura, en pulirla y retocarla, a fin de que el torero pueda torear conforme a los patrones actuales. Y bien pudiera suceder que, por hacer toros «a medida», queden eliminadas aquella bravura y aquella alegre embestida que hasta ahora fué la sal y la pimienta de la fiesta de toros.

CASTAS DE



EN nuestro último artículo sobre la edad de los toros, y a manera de prólogo, escribimos unas líneas haciendo hincapié en la conveniencia de proseguir una labor divulgadora entre el moderno público que, carente de orientadoras enseñanzas, se encuentra despistado en muchos de los aspectos del espectáculo taurino, y principalmente en el que concierne al elemento primordial de la fiesta.

¿Cómo analizar y valorar la técnica de un torero si se desconoce al toro?

Sin amplio y detenido estudio u observación del eje del espectáculo, alrededor del cual giran cuantas variantes e incidencias ofrecen las corridas, no puede juzgarse con acierto y ecuanimidad lo que ocurre en la arena.

Las reses no son todas iguales: ni por sus características raciales, ni por su construcción y alzada, ni por su pinta, ni por la región de procedencia, ni por su sentido, ni por gran cantidad de circunstancias que hacen variar en la lidia y antes de ella aun a toros con idénticos caracteres de familia.

Cada animal ofrece particularidades distintas. De los mismos padres salen a veces algunos hijos sin parecerse en nada —ni exteriormente ni en temperamento— a sus ascendientes y colaterales, dejando al criador sumido en un mar de confusiones. Y si esto ocurre frecuentemente en ganaderías de limpia estirpe, en las que desde remotas épocas imperó la reproducción selectiva, creando y sosteniendo en plena integridad líneas puras, ¿qué no sucederá en aquellas vacadas en cuya formación intervinieron diversas sangres? Estimamos, pues, necesario para ilustración de los bisoños aficionados, reseñar ligeramente las primitivas razas de toros, originarias de multitud de ganaderías bravas. Aunque en realidad muchas de aquellas sangres han desaparecido, otras se encuentran bastardeadas y la mayoría fueron absorbidas por las de Vista Hermosa y Vázquez. No obstante —en reducidísima proporción y con más o menos pureza—, algo subsiste todavía de las famosas castas navarra, gijona, Cabrera y de los Gallardo.



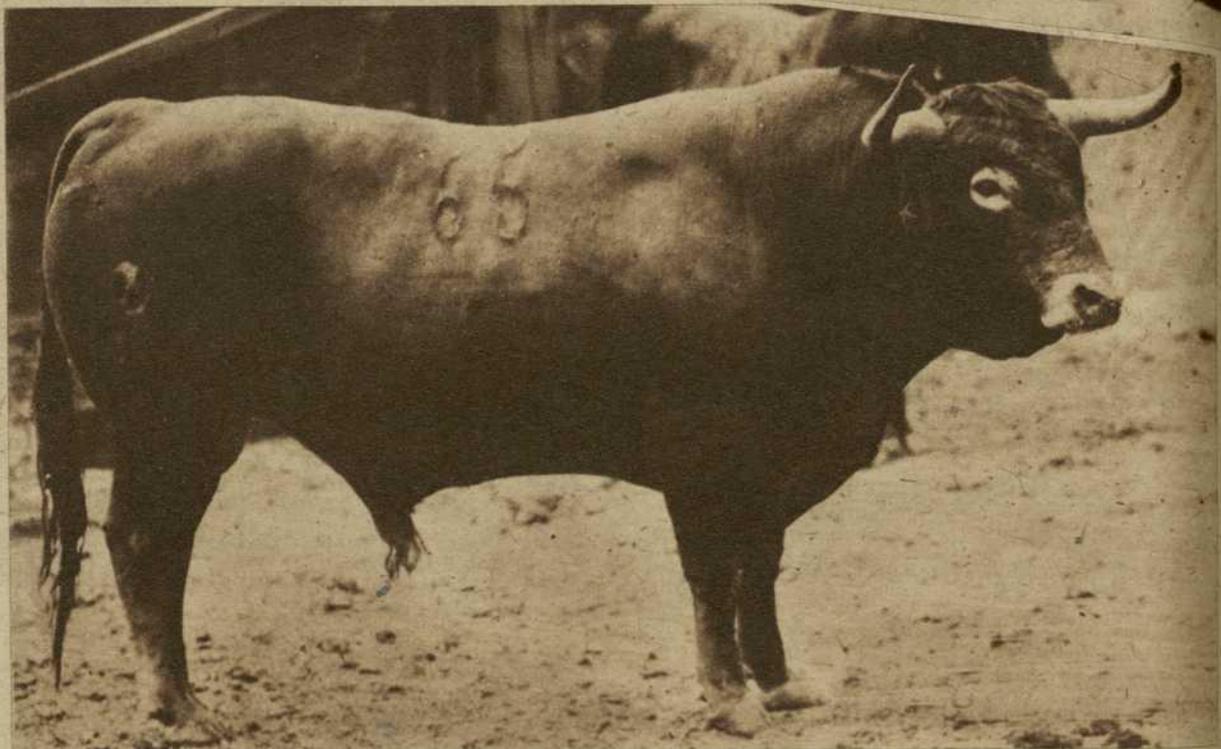
En primer lugar, y entre las más antiguas, figura la denominada *castellana vieja*, a la cual perteneció la vacada de Raso Portillo, cuya antigüedad se remonta, según algunos escritores, al siglo XVI. De esta raza fueron las ganaderías de don Pablo Valdés, don Toribio Sanz y don Joaquín Mazpule. Los toros de indicada casta tuvieron el privilegio de abrir plaza en funciones reales, siendo terciados, bravos, de muchos pies y, generalmente, de pelaje negro listón.

A principios del siglo XVII puede decirse inició sus primeros pasos la crianza de reses con el exclusivo objeto de dedicarlas a la lidia. Y por esta época, don José Gijón, vecino de Villarrubia de los Ojos, provincia de Ciudad Real, formó una vacada con hembras y machos de pelo colorado, muy abundantes en aquella región. La brava

Toro de casta gijona (De pintura antigua)

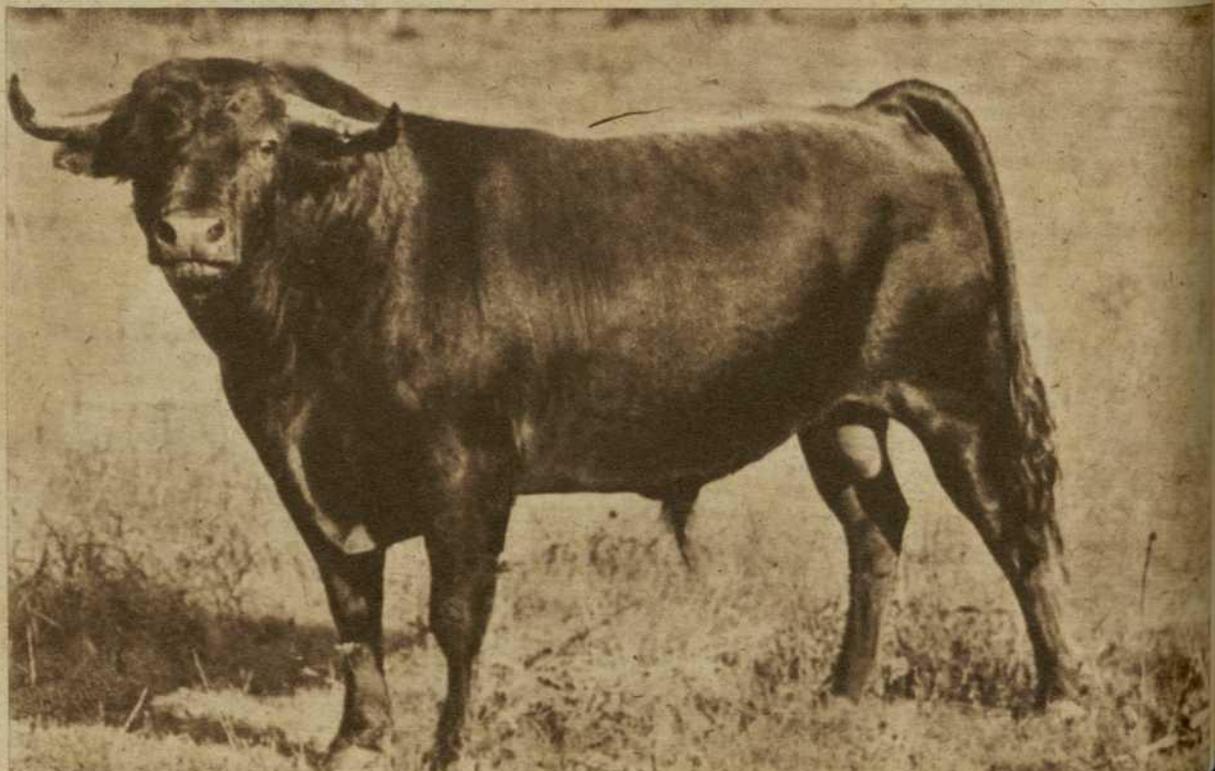


Típico animal oriundo de la casta de los Gallardo



Moderno toro castaño, ojo de perdiz y bociblanco, que acusa en estas características su parentesco con las reses de Cabrera

Casta de Vista Hermosa



TOROS

Desde la "castellana vieja", pasando por las reses llamadas "gijonas", a las de "casta vazqueña" y de Vistahermosa

pelea de los animales, su fina estructura y lo uniforme de su pinta, lograron conquistar la atención de los públicos, que bautizaron a estas reses con el nombre de *gijonas*. Los toros de esta gijona, a más de por su alzada, codicia y tigreza, se distinguieron por el ya dicho y clásico pelaje colorado encendido, que era el ordinario, abundando igualmente el castaño y el retinto. Ganaderías de casta gijona fueron la de Gaviria, bastantes de Colmenar, las de la condesa de Salvatierra, el marqués de la Conquista, los Flores de Albacete, Torre y Rauri, etc. Poco o casi nada queda de la renombrada sangre gijona. Si acaso, algunas hembras en poder de don Manuel García Aleas, más quizá por tradición que por otra cosa.

Durante el siglo XVIII empieza a adquirir esplendor la cría del toro bravo. En distintas regiones españolas se forman numerosas vacadas que, tanto por la diferencia climatológica y del terreno donde se desenvuelven, como por los métodos y continuados cruzamientos, producen todas ellas especializados animales para la lidia, pero con propias particularidades que dan lugar al nacimiento de otras razas o castas.

De las primeras ganaderías organizadas —a base de reses del país— que dieron origen a la *casta navarra*, fueron las de Guendulain, en Tudela, y Zaldueño, en Caparrosa. El auténtico toro navarro transmitió después su fama a vacadas como las de Carriquiri, Lizaso, Pérez Laborda, Alaiza, Díaz, Espoz y Mina, etc., cuyas reses se caracterizaron por su mucha cabeza y reducida talla, siendo además de extraordinaria agilidad, flexibles, nerviosas y de bonita lámina, así como de pelo castaño y colorado encendido. La casta navarra, extinguida en gran parte, ha sido reemplazada por la de Vistahermosa, que hoy día tiene mayor aceptación.

También surgió por aquel entonces una ganadería formada por don Marcelino B. de Quirós,

sacerdote de Rota, con vacas andaluzas y semientales navarras, que, mejorada más tarde por los hermanos Gallardo, del Puerto de Santa María, llegó a alcanzar envidiable cartel. Las reses de esta casta, conocida por la de *los Gallardo del Puerto*, se caracterizan —pues aún existen ejemplares oriundos de dicha sangre, especialmente en alguna provincia andaluza— por su trapío y alzada; acusan poder y facultades que conservan hasta el final de la lidia, y los pelos más corrientes son los berrendo en negro, el salpicado, el negro y el castaño.

Posteriormente, hacia el último tercio del mismo siglo, aparecieron en Andalucía unos toros de lámina excelente, variado pelo, bravos, pujantes y duros, que en breve plazo se impusieron a sus congéneres de las demás ganaderías españolas. Muy pronto se conoció la *casta de Cabrera*, así llamada por fundarla don José Rafael Cabrera, en el término de Utrera, con reses de diversa procedencia, y también rápidamente adquirieron muchos ganaderos simiente de repetida casta para cruzar con ella sus vacadas y formar otros con la misma nuevas ganaderías. Rasgos típicos de los toros oriundos de Cabrera suelen ser los siguientes: gran alzada y esqueleto; corpulentos sin exageración, largos, agalguñados, duros de patas, corcosos y de sentido. Predominando intensamente en la casta el pelo cárdeno y el castaño ojo de perdiz y bociblancos.

Con ganado salamanquino, y a final de la centuria citada, doña María Antonia Espinosa, vecina de Arcos de la Frontera, formó una ganadería brava con tan lisonjeros resultados que la producción de ésta, conocida por *casta de Espinosa*, gozó de justo crédito, llegando a contender sus toros con los de las mejores vacadas de aquellos tiempos. Años después se designó a las reses de dicha ganadería con el nombre de *casta de Zapata*, por apellidarse así sus compradores, en cuyas manos se afinaron los toros, siendo solicitados con interés por importantes Plazas. Los animales de esta casta, duros y bravos, se distinguieron también por su corpulencia y su pelaje castaño y salinero.

En el término de Colmenar Viejo tuvo su principal centro de producción la *casta colmenareña o de la tierra*. Representación genuina de la misma fueron, entre otros, los toros —de buena talla y romana, fieros, cornalones, ligeros, poderosos, duros de pezuña y de pelaje retinto, melocotón y colorado—, procedentes de las antiguas ganaderías de Elías Gómez, Aleas, López Briceño, Bañuelos, Cura de la Morena, etc.

Se encontraba en su mayor apogeo la casta de Cabrera cuando don Pedro Luis de Ulloa formó en Utrera, sobre el año 1775, la ganadería que dió origen a la *casta Vistahermosa*. Estimulado el conde por su

afición, logró, tras escrupulosas tientes y afortunadas operaciones selectivas, unos tipos de toros limpios, finos de cabeza a cola, bravos, de hermosa estampa y regular tamaño, que no sólo compitieron con todos los hasta entonces conocidos, sino que los superaron por reunir muy marcada otra notable condición: la nobleza.

Los toros *condesos*, llamados así por el vulgo, mejoraron de año en año sus caracteres raciales, alcanzando resonante fama; fama o cartel que, sin interrupción, conservaron en todo su esplendor hasta nuestros días. A lo largo de más de siglo y medio de existencia, continúa esta casta en sus diferentes ramas y derivaciones completamente pura, habiendo contribuido con su sangre a renovar la de otras ganaderías —llegando a la absorción total—, como asimismo a la formación de incalculables vacadas —muchas antiguas e inmensa mayoría de las modernas— que exhibieron y siguen ostentando con legítimo orgullo el marchamo o procedencia de Vistahermosa. El toro oriundo de tan magnífica casta suele ser el patrón o prototipo del animal de lidia. Su talla es regular y su constitución robusta; aunque no muy corpulenta; la cabeza, pequeña, acarnerada y recogida; la piel, cola y extremidades, finas; el conjunto, bello y proporcionado; el pelo, negro o cárdeno, generalmente, suave y reluciente, siendo, como complemento, bravo sin discusión, alegre, dócil y noble.

Otra famosa raza de toros bravos que surgió merced a la unión de distintas sangres, fue la *casta vazqueña*. Tuvo sus principios en el año 1780, en Utrera, siendo su fundador don Vicente José Vázquez. Con reses de Casa Ulloa, Becker, Cabrera y Vistahermosa, formó el señor Vázquez su ganadería. Todos aquellos elementos, de superior calidad, pero diferentes entre sí, dieron al mezclarse un producto toro distinto en conformación, trapío y pujanza, a los ya existentes, arrancando desde ese momento el origen de la preciada casta vazqueña. De ella se surtieron infinidad de criadores, buscando para sus reses lo mismo la corpulencia y la docilidad que la codicia y el poder, particularidades propias de los toros de Vázquez. El pelo de los animales vazqueños es variadísimo, porque variadas fueron las pintas y sangres de las reses que compusieron la ganadería. Y así podemos observar desde el pelaje jabonero —en sus variantes de albahio, barroso y ensabanado— hasta el castaño y el negro, pasando por las más curiosas mezclas, como el berrendo en negro y en castaño, el bragado, el cárdeno, el sardo, el salpicado, el nevado y el salinero. Aún se conserva pura bastante sangre vazqueña, desde luego en menor proporción que la de Vistahermosa, pero imperando, sin embargo, estas dos castas en el noventa y cinco por ciento de las actuales vacadas.

AREVA.



Colmenareño o de la tierra. Casta procedente, en gran parte, de la «gijona», y que ha sido reemplazada por la de Vistahermosa



Toro de casta vazqueña

Presentación de
ALVARO DOMEQ
y alternativa de
ANTONIO TOSCANO,
a quien apadrinó
GITANILLO de TRIANA



En la octava corrida de la temporada en Méjico, celebrada el domingo día 22 de diciembre, hizo su presentación el caballero jerezano Alvaro Domeq. Montó a Espléndida y a Escándalo. Aquí aparece citando alegremente para colocar un par de banderillas

El rejoneador español Zacatepec y ha Domeq, alcanzó



Domeq, ple a tierra, torea al único toro que mató. Y lo hace primeramente con la derecha, haciendo gala de su dominio de la pañosa

Luego se lo pasa con la izquierda, para torearle como mandan los clásicos, y...

Ahora remata en el pecho. Alvaro



Un excelente pase natural de Gitanillo de Triana, baja y el toro muy toreado



El mayor éxito de Gitanillo de Triana lo consiguió en su primer toro, al que hizo una faena de muleta vistosa y torera. Ahora cita para embarcar al de Zacatepec con la izquierda

El pase de pecho de Gitanillo de Triana. Según los periódicos mejicanos, «el mejor pase de pecho que hemos visto en este invierno»



SILVERIO PEREZ, que alternó con ellos, escuchó bastantes pitos

...nido bien con el de todo lo alto. Alvaro Domecq saltó en su presenta-

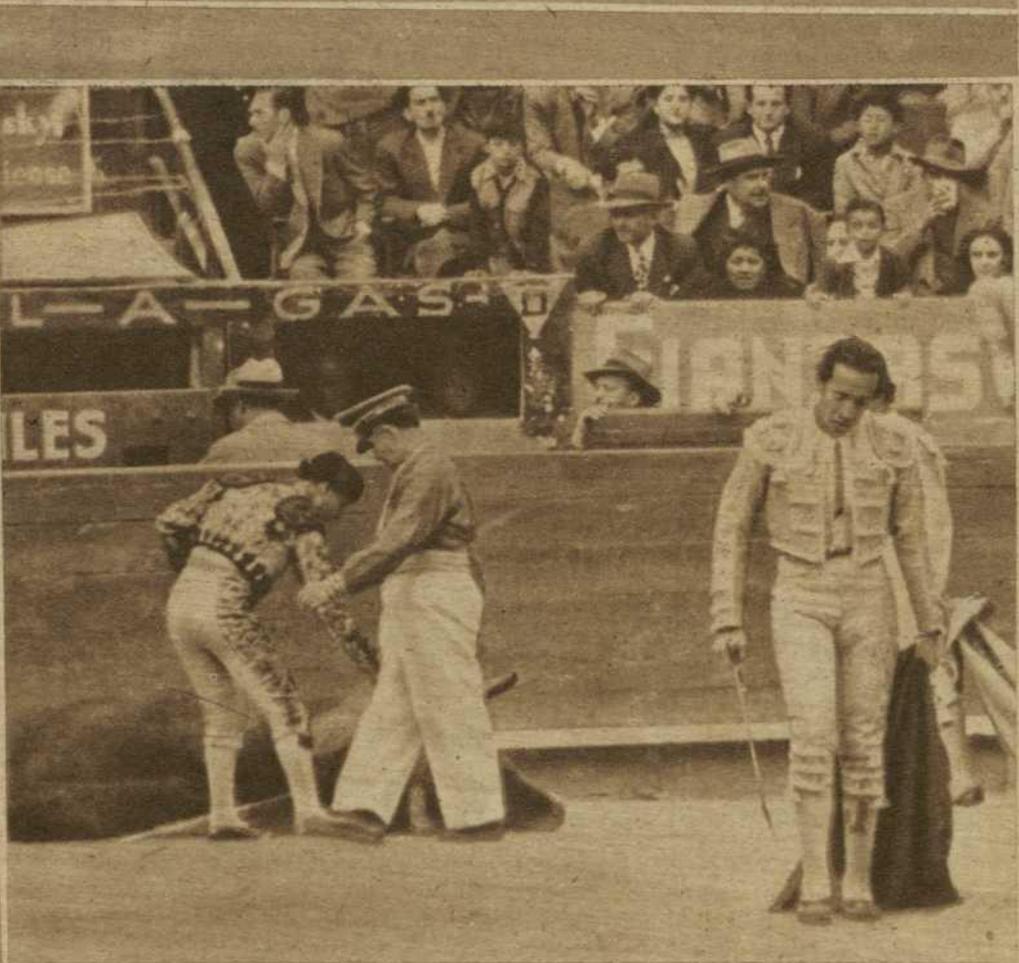
De nuevo Alvaro Domecq practica la suerte, arriesgando mucho la jaca. «Qué fina sensibilidad y coquetería para adornarse en el ataque y huir graciosamente en la defensiva», dice el crítico de «Esto», al enjuiciar la actuación de Domecq



...a clásica, con el de vo una lucida actua- muletero

Antonio Toscano, que en el toro de su presentación no hizo nada notable, en el que cerró plaza se sacó la espina y toreó valientemente con el capote. La foto nos lo presenta aquí dando un lance de frente por detrás

Con la muleta no pasó de regular. Poco después de dar este derechazo —un poco desgarradote y tal— resultó cogido de manera impresionante; pero, afortunadamente, sin consecuencias



Silverio Pérez estuvo francamente mal. La faena de muleta a su primero fué torpona. Y sin garbo, como puede verse en esta fotografía.

Que la cosa no se dió bien, lo demuestra claramente ese gesto compungido con que Silverio se retira al estribo (Reportaje de la Agencia Cifra Gráfica)

De "ESTO", de lo otro y de lo de más allá

UNO de los «cocos» mejicanos que se iban a comer al mundo era, como todos sabemos, Silverio Pérez.

Vino a España, toreó por las afueras —nosotros aun llegamos a verle en Santander—, pero no se atrevió a presentarse en Madrid. En cierta corrida de beneficencia, donde Ortega tuvo un éxito resonante —hay toreros a quienes las corridas de beneficencia no sientan bien—, Silverio Pérez, alegando no recordamos qué enfermedad de la vista, fué sustituido por Parrita.

Esto podía ser, a través de las distancias, una pasión española; pero justamente en «Esto», de Méjico, D. F., fecha 24 de diciembre de 1946, leemos lo siguiente:

«CUANDO «ESPLÉNDIDA» Y «ESCANDALO», con su gran amaestrador, desaparecieron del foro, la gente prendió fogatas para combatir el frío y el aburrimiento y entonó la tradicional letanía de las «posadas». Esto, que no deja de tener gracia, es grave, porque demuestra que fuera de los carteles a base de figuras, nada es capaz de interesar a la gente. Vamos, ni Silverio, si no lleva a derecha e izquierda figurist mas que le hagan sacudir la mandanga.»

Esto quiere decir que si Silverio viene este año a España, habrá que emparejarle con Manolete y Arruza o con Luis Miguel y Parrita. Y entonces, ¡habrá que ver los precios!...

Más de Silverio, y también de «Esto». Cortamos y pegamos:

«¿PREGUNTABA USTED por Gitanillo? Verónicas profundas, pechazos imponentes; pero el público sigue sin enterarse de su toreo seco y viril. ¿Y Silverio? Pues oiga usted: Al «Señor Pérez» le mortifica una pena familiar; pero cómodamente se ha



Ante una escasa, pero en su mayoría selecta concurrencia, pudimos admirar este medio paso por bajo del temperamental torero de Monterrey. A este le siguieron otros mulatazos de igual factura, tan gallardos y majestuosos como los naturales del principio de su meritoria faena realizada con su primer enemigo, del que se llevó la oreja... En su toro segundo fué el reverso de la medalla y estuvo a punto de dar el mitin... El Choni en un pase natural y en un molinete a su segundo toro. Y en un pase alto que había iniciado como derechazo; pero como se le quedara el animal a la mitad de la suerte, el valenciano lo aguantó con muchos redaños y tuvo que despedirlo por arriba, llevándose las palmas y las dos orejas de sus dos enemigos en esta su feliz presentación ante la afición mejicana... (Apuntes del dibujante Flores de la novena corrida de la temporada de Méjico, en que tomó la alternativa El Choni)

llevado 60.000 pesos, y las penas con pesos son menos...»

¡Lo que son las cosas! Verónicas profundas, «pechazos» imponentes por un lado y 60.000 pesos por otro, y a lo mejor, Gitanillo de Triana es en la Plaza de Méjico «un relleno».

¡Claro! así se explica que haya «pleito mejicano»!

Otro de sueldos. La misma publicación, «Esto», refiriéndose a Lorenzo Garza, dice lo siguiente:

«MILLONES: Cuarto párrafo y cuarto toro.—Muy bravo por cierto, y como los toros bravos son para los buenos toreros, pensamos en el faenón. Sin duda, Lorenzo iba a hacérselo; pero, ¡que ocurriental, el toro se llamaba «Diez Millones» y nombre tan «áureo» y atractivo distrajo la atención del regiomontano, que sabe mucho de números.

Y eso fué contar «la nieve» y regarla... pese a la codez regiomontana.»

Por lo visto, también en Méjico las exigencias de sueldos empiezan a molestar. No porque los toreros se hagan ricos, que en hora buena sea —¡qué felices que seremos!—, sino porque para ello hay que sumar las localidades «a millón».

Aun así. La gente no acaba de pasar por ello.

Y he aquí otro comentario sabroso, también de «Esto», que es esto, lo otro y lo de más allá...

«COMENTARIOS

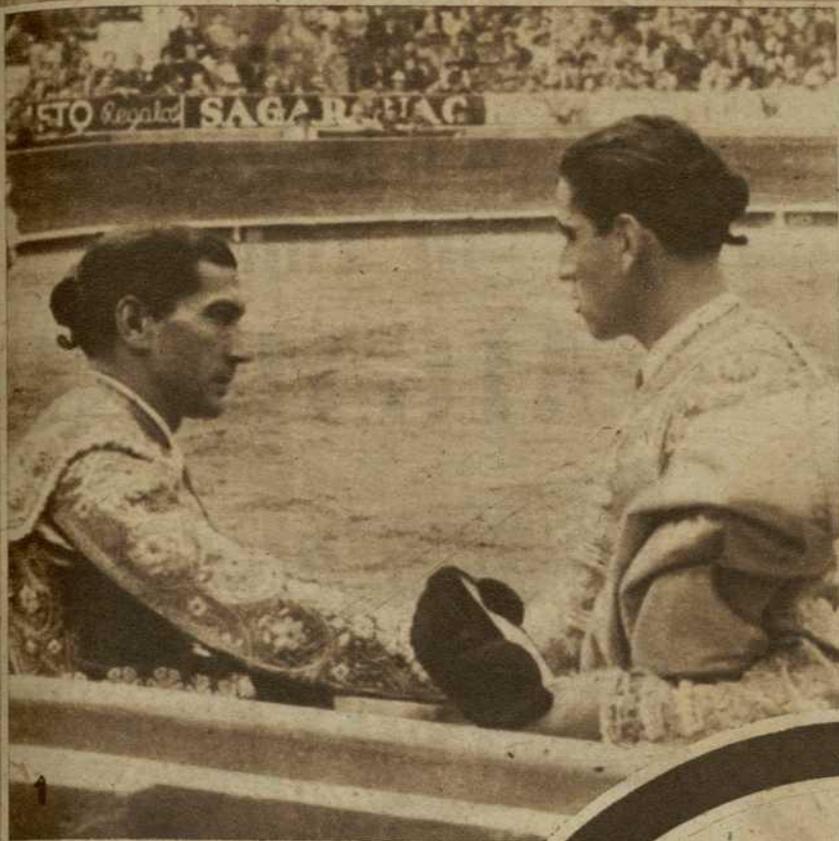
Muchos y muy grandes claros en los tendidos. Las taquillas «hablan», y los aficionados comentan... tantas cosas... la fiebre aftosa, las malas entradas, los pretos estratosféricos, la fallida contratación de Luis Procuna, la no menos fallida —plazo vencido— de Joselillo, la no participación de Arruza...

En el palco de la Empresa, en contraste se comentaba a los pececitos de colores...

Bueno. Pues si todos están de acuerdo en este problema de los precios, ¿por qué no intentamos resolverlo?

Pregunta final:

La cuestión mejicana, en relación con los toreros españoles, ¿quién la lleva? ¿La Junta técnica del Sindicato o algún espontáneo?

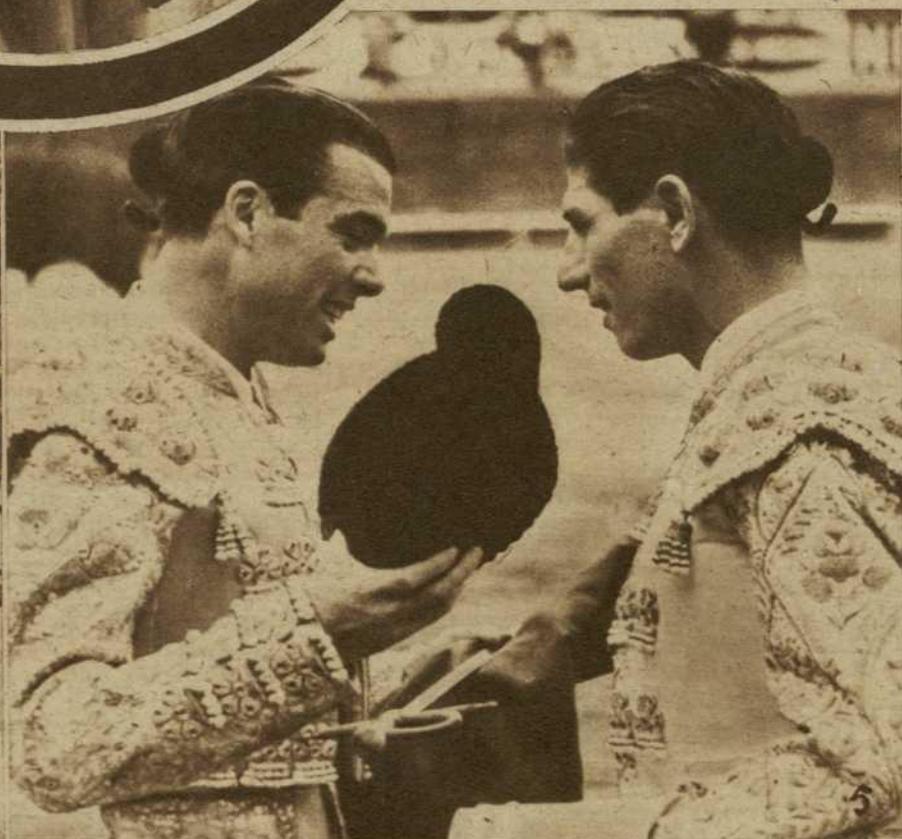


LAS ALTERNATIVAS EN LA PLAZA DE MEJICO

Gitanillo de Triana se la da a Antonio Toscano, y Lorenzo Garza apadrina a Félix Briones y a Jaime Marco (Choni)



En las corridas octava y novena de la temporada de Méjico, celebradas en los días 22 y 31 de diciembre, tomaron la alternativa los diestros mejicanos Antonio Toscano y Félix Briones y el español Jaime Marco, el Choni. 1. A Toscano se la dió Rafael Vega, Gitanillo de Triana. Toscano quedó regularmente en el primero y mejor en el sexto, del que cortó la oreja.—2 y 3. Lorenzo Garza, en la corrida del último día del año 1946, apadrinó a Félix Briones y al valenciano Choni. En la fotografía se recogen los dos momentos, el de la entrega de los trastos y el de la devolución.—4 y 5. En cambio, el Choni fué el triunfador, ya que le fueron concedidas las orejas de los dos toros de Zotoluca que le correspondieron. Primeramente, el Choni aparece muy serio. Luego, ya, ante el primer triunfo, el Choni ríe con todas sus ganas. (Reportaje de Agencia Cifra Gráfica)



LO QUE NOS DIJO UN DIA EL FAMOSO MATADOR DE TOROS ALGABEÑO



Julio Romano conversa con el Algabeño en su casa de Sevilla

“Si los toros me han dado muchos disgustos, la tierra me los ‘ha quitao’”

CUANDO yo le conocí le llamaba todo el mundo, en Sevilla, don José.

De esto hace ya dieciocho años. Vivía en una casa que era un palacio, en la calle de San Vicente. De las paredes del magnífico patio colgaban las cabezas de algunos de los toros matados por el famoso torero en tardes de apoteosis y de gloria.

—No le hable usted de toros al Algabeño— me dijeron algunos amigos.

—¿Por qué?
—Porque en cuanto usted le hable de toros, o desvía la conversación o finge un quehacer, y le deja con la palabra en la boca.

—Pero el Algabeño, ¿no es rico?
—Se le calcula una fortuna de siete millones de pesetas.

—¿No tiene varios cortijos?
—Sí, señor.

—¿No se ha ganado a pulso su bienestar?
—Desde luego.

—¿No ha buscado la fortuna, con gravísimo riesgo de su vida, en los morrillos de los toros?
—Exacto. Sufrió once cogidas graves.

—¿No tiene cinco hijos, ya mozos?...
—Ay, los hijos! —exclamó mi interlocutor, apenado—. De ahí le viene la tos al gato. En la vida del Algabeño hay una sombra: la afición de su hijo Pepe. El Algabeño padre tiembla ahora por el Algabeño hijo. ¿Quiere usted creer que don José ha llegado a ofrecer un millón de pesetas a su hijo Pepe si éste deja el traje de luces?

—¿Y qué?
—Pues que al muchacho le bulle la sangre en el cuerpo; le gustan los toros más que el «pan frito», y se «recome» por vestir el traje de lidiador.

—El hijo ha heredado con la sangre la afición del padre.

—¿Ay, los hijos! ¡Cómo se les quiere! Aquí tiene usted al Algabeño padre, que no ha temblado nunca ante los toros, y ahora siente «ajogos» y muchísimo malestar, y se le velan los ojos, y tiene muchísimo miedo cuando su hijo torea. Ese día, ni vive, ni descansa, ni pega ojo, ni sabe qué hacer, hasta que recibe el papelillo azul que dice: «Sin novedad».

—¿Y qué?
—Pues que al muchacho le bulle la sangre en el cuerpo; le gustan los toros más que el «pan frito», y se «recome» por vestir el traje de lidiador.

—El hijo ha heredado con la sangre la afición del padre.

—¿Ay, los hijos! ¡Cómo se les quiere! Aquí tiene usted al Algabeño padre, que no ha temblado nunca ante los toros, y ahora siente «ajogos» y muchísimo malestar, y se le velan los ojos, y tiene muchísimo miedo cuando su hijo torea. Ese día, ni vive, ni descansa, ni pega ojo, ni sabe qué hacer, hasta que recibe el papelillo azul que dice: «Sin novedad».

—¿Y qué?
—Pues que al muchacho le bulle la sangre en el cuerpo; le gustan los toros más que el «pan frito», y se «recome» por vestir el traje de lidiador.

—El hijo ha heredado con la sangre la afición del padre.

—¿Ay, los hijos! ¡Cómo se les quiere! Aquí tiene usted al Algabeño padre, que no ha temblado nunca ante los toros, y ahora siente «ajogos» y muchísimo malestar, y se le velan los ojos, y tiene muchísimo miedo cuando su hijo torea. Ese día, ni vive, ni descansa, ni pega ojo, ni sabe qué hacer, hasta que recibe el papelillo azul que dice: «Sin novedad».

—¿Y qué?
—Pues que al muchacho le bulle la sangre en el cuerpo; le gustan los toros más que el «pan frito», y se «recome» por vestir el traje de lidiador.

—El hijo ha heredado con la sangre la afición del padre.

—¿Ay, los hijos! ¡Cómo se les quiere! Aquí tiene usted al Algabeño padre, que no ha temblado nunca ante los toros, y ahora siente «ajogos» y muchísimo malestar, y se le velan los ojos, y tiene muchísimo miedo cuando su hijo torea. Ese día, ni vive, ni descansa, ni pega ojo, ni sabe qué hacer, hasta que recibe el papelillo azul que dice: «Sin novedad».

torero muerto hace poco: la afición de su hijo Pepe. Se le abrían al viejo lidiador las cicatrices de las cornadas cuando toreaba su hijo.

—¿Qué necesidad tiene el zagal de tener una «esaborisión»? ¿No tiene dinero? ¿No le doy yo lo que me pida?... Sí, don José; pero hay algo a lo que no se puede renunciar: la vocación, le hubiéramos dicho al verlo inquieto y desazonado.

Y fui a ver al Algabeño. Junto a la cancela estaba con dos de sus hijos. Con la exquisita campechanía del campero andaluz, me ofreció su casa. Subimos unas escaleras de mármol y entramos en su despacho.

El Algabeño tenía la cabeza blanca, y el color de su cara era cobrizo. Era hombre ágil y fuerte. Todavía la enfermedad no había socavado su naturaleza. Su mirada era melancólica. Parecía darle la razón a la sentencia del famoso escritor inglés Barrie: «Usted se fastidia si no consigue las cosas, y usted vive fastidiado si las consigue.»

Antes de sentarme, le dije:
—Le encuentro muy joven, don José.

—Pues ya me pesan los años. Tengo cincuenta y tres —Y añadió—: Yo le suplico una cosa: que no hablemos de toros. ¡De eso, ni una palabra! Yo soy ahora un «trabajador del campo», que vivo vigilando mis tierras, mis olivos, y que me paso la vida hablando con manijeros y «aperaores»... Lo pasado es para mí como un sueño.

—Al retirarse usted de los toros, ¿no sintió nunca el deseo de volver a la pelea?

—Al principio, sí señor. Me empujaba el corazón a la Plaza. Parecía como si hubiera «perdido» algo muy grande y muy bueno. Llevaba en el tócano «metía la afición», y me sonaba en la oreja el clarín como si lo tocaran bajo mis balcones. Mire usted: cuando llegaba la «temporá», en la hora de «meter manos», se me iba el alma detrás del recuerdo. Pero yo estrujaba mis deseos como un pañuelo y volvía a mis cortijos, y allí, en la tierra, con mis afares y mis «aperaores», me curaba el «sarpuyfo» de los toros.

—¿Curaba usted una pasión con otra, don José.

—Yo me vencía a mí mismo. El hombre que no sabe vencerse a sí mismo es hombre al agua, y yo he tenido siempre una gran voluntad.

Mientras me hablaba el Algabeño, iban entrando en el despacho sus hijos. Vienen de sus haciendas, donde han pasado el día. Alguno viste chaquetilla corta y pantalón ajustado. Entró José, el torero, que era el mayor; Paco, que le sigue en edad y que

era abogado; Alvaro, dedicado a las faenas del campo; Pedro Luis, que estaba encargado de la contabilidad de los negocios de su padre, y Antonio, que estudiaba la carrera de Leyes.

—El Algabeño se sentía feliz rodeado de sus cinco hijos. Una ancha y luminosa sonrisa le llenaba la cara. Parecía un «pater familias» rural.

—A mí —siguió diciéndome el Algabeño, después de saludar a sus hijos y de «vacuar con alguno de ellos una consulta— siempre me ha «tirado» el campo. Cuando toreaba, ya tenía unos terrones. Por eso, cuando arrinconé el traje de luces, volví con entusiasmo a esta otra afición de mi vida. Si los toros me han dado muchos disgustos, la tierra me los ha «quitao».

—¿Cuántos cortijos y haciendas tiene usted, don José?

El Algabeño, antes de responderme, miró al techo, como si allí tuviera apuntada su hacienda, hizo una pausa y dijo:

—Tengo... tengo... la hacienda de «La Estrella» y la de «Casa Alegre»; el Cortijo de «Merlina», el del «Alamillo», el de «Mingalarío» y el de «Matasinos». Además llevo en arriendo los cortijos de «Pedro Espiga» y «Labanda». Soy propietario de la «Huerta del Cantero» y las playas de la Algaba. Los cortijos los tengo dedicados a la labor y a la ganadería.

—¿Qué capital tiene usted?
—No estoy mal—me respondió, evadiéndose.

—¿Con qué ha ganado usted más dinero: con los toros o con las tierras?

—Cuando era torero, lo que me sobraba de mi trabajo lo empleaba en comprar terrenos. La tierra era para mí una alcancía. Mire usted: trabajando se gana en todo. Mi fortuna la he hecho con los toros y en el campo.

El Algabeño hablaba sin excesivo acento andaluz. Le gustaba el tema de la tierra. En su faz cobriza no se apagaba la sonrisa.

—¿Guarda usted sus trajes de lidiador?

—¡Digo! ¡Como oro en paño! —me respondió el Algabeño—. Y tengo dicho que los saquen todos los días y los limpien. En esos trajes de faena está «tóa» la historia de mi fortuna. ¡Y si viera usted cuando los miro, las cosas que se agolpan en mi cabeza! Son recuerdos de mis tiempos de lucha, cuando yo soñaba en tener cortijos y cuando buscaba la suerte en el «morriyo» de los toros.

Una zagalilla, guapa y limpia como el oro, puso una bandeja, con unas botellas de manzanilla, sobre la mesa.

—¿Una copita? —me preguntó el Algabeño, encandilado. Y yo levanté el cristal y brindé por el famoso matador de toros.

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

“El público tiene la culpa de que veamos en las Plazas toros pequeños”, dice JUAN VALERO



ON Juan Valero, culto secretario de la Academia Breve de Crítica de Arte y aficionado —de los buenos— a la fiesta de toros, nos cuenta hoy —asomado a esta página— sus opiniones sobre ella. A Valero le sería imposible definir por qué le gustan los toros. Eso sucede generalmente a los que no son sólo simples espectadores de corridas. Y nos lo dice así:

—No sé, en realidad, por qué me gustan los toros. Sin embargo, puedo decir que las corridas me gustan por encima de todos los espectáculos. Mejor dicho: casi no puedo considerarlos espectáculo, porque me inspiran una emoción parecida al fervor religioso.

—Será, tal vez, porque la muerte, tan solemne siempre, toma en los toros una apariencia alegre.

—De ahí, seguramente, su sentido de rito, mejor que de simple espectáculo.

—¿Vamos a hacer una filosofía taurina al paso que llevamos?

—¡No, por Dios!... Sea por lo que sea, la verdad es que nada apasiona como los toros, y que si un aficionado a la ópera o al cine no tiene dinero para asistir a su espectáculo favorito, se queda en casa. Pero si un aficionado a los toros ve anunciada una corrida prometedor, si no tiene dinero, empeña el reloj para ir a verla.

—Con eso no es ya necesario preguntarle si cree en la decadencia de la afición.

—La afición aumenta de día en día. Recuerdo las fotografías de antiguas revistas taurinas; las fotografías de «Sol y Sombra», en las que, en corridas de Guerrita y Joselito, aparecen los tendidos medio vacíos. Las corridas de toros se han popularizado en un espacio de tiempo relativamente corto.

—¿Y a qué cree usted que se debe eso?

—A que el toreo se ha hecho, con el tiempo, más agradable al público; se ha popularizado al perder riesgo. Eso se debe al toro pequeño.

—¿Prefiere usted el toro pequeño?

—Me gusta el toro grande. Es el que da emoción a la corrida.

—¿A quién culpa usted entonces de que se toréen hoy toros pequeños?

—Al público, naturalmente, que busca la diversión y el adorno en el toreo con mayor interés que emoción.

—¿Qué figura del toreo le parece que reúne mejores condiciones?

—Considero a Domingo Ortega el torero perfecto, el que siempre realiza la estupenda pantomima de la lidia con justeza, precisión y arte.

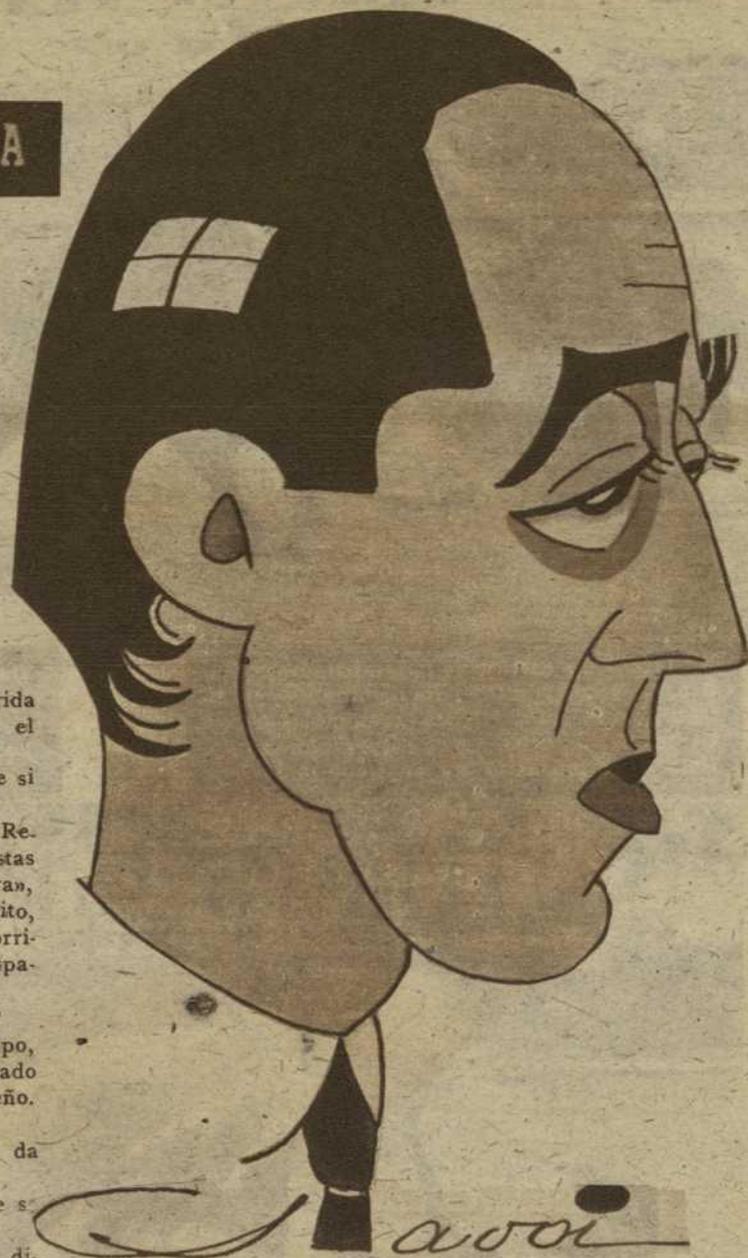
—¿El más completo entonces?

—No. Completo debe llamarse únicamente al que realiza toda clase de suertes. Perfecto es el adjetivo que se ajusta mejor al toreo de Ortega. Mi admiración es también para Manolete, por su valor y porque es —ha sido— el innovador del toreo. Manolete, además, triunfa con el toro grande. Y, por último, el que reúne condiciones, admiradas por mí en los dos grandes toreros que acabo de nombrar, y une a ellas su personalidad de estilo y su juventud, es Luis Miguel Dominguín.

—¿Fue la primera corrida que usted vio la que más impresión le ha dejado?

—Entonces mi afición no estaba aún cuajada. Tenía yo quince o dieciséis años cuando en mi pueblo natal, en Antequera,

fui por primera vez a los toros. La corrida que más me ha gustado —por lo menos, la que recuerdo con más gusto, no sé si por ser la última buena que he visto— es la última de Beneficencia. En ella estuvo soberbio Gitanillo de Triana. De mis primeros años de afición guardo buenos recuerdos. Y sin señalar con exactitud cuál fue la corrida que entonces me entusiasmó, puedo contar detalles que revelan mi apasionamiento de aquella época. En Málaga, por ejemplo, un amigo y yo comprábamos siempre entrada, de sol, y nos acomoda-



dábamos en nuestros puestos dos horas antes de que empezara la corrida, para verla después, desde la sombra, con toda comodidad.

—¿Cuál es el momento que más le gusta en una corrida?

—La muerte del toro. Es el momento de la emoción.

—¿Cree usted que se debe variar algo en la suerte de varas?

—Nada. La suerte de varas debe ser como es. Quienes se quejan de que se castiga demasiado al toro deben pedir que se sustituya a éste por el de peso y tamaño que la verdadera afición exige. Si se van suprimiendo —o sustituyendo— las suertes del toreo, acabará por deformarse por completo la lidia.

—¿Qué opina de la presencia de la mujer en los toros?

—Que es necesaria. El mejor adorno de la Plaza es la mujer. No me gusta, en cambio, verla en el ruedo.

—Y a usted, ¿le gusta verse en él?

—Dudo de mis cualidades, que he tenido ocasión de probar algunas veces en fiestas privadas.

—Lo que habrá dado lugar a infinidad de anécdotas curiosas relacionadas con toros y toreros.

—No crea. Lo mejor que recuerdo es el que me hayan confundido una vez con Manolete.

—¿Pues no ha dicho usted nada! ¡Y dudaba usted de sus condiciones!

—Pero, ¿cómo ha interpretado lo que le cuento?

—Está claro...

—Déjeme darle detalles, por favor. No fué estando ante un toro cuando tuvo lugar la confusión. Fué en Valencia de Alcántara, cuando regresaba de Lisboa en el coche que Manolete había traído de Méjico, y acompañado por el ganadero mejicano Madrazo y por el empresario Tono Algara. La gente del pueblo rodeó el coche y me aclamaron, creyendo que era Manolete. No había manera de hacerles salir de su error.

—¡Bueno es eso! Hay quien por menos se hubiera decidido ya a lanzarse a la arena.

—Yo lo único que hice fué tratar de aclarar la situación.

PILAR YVARS

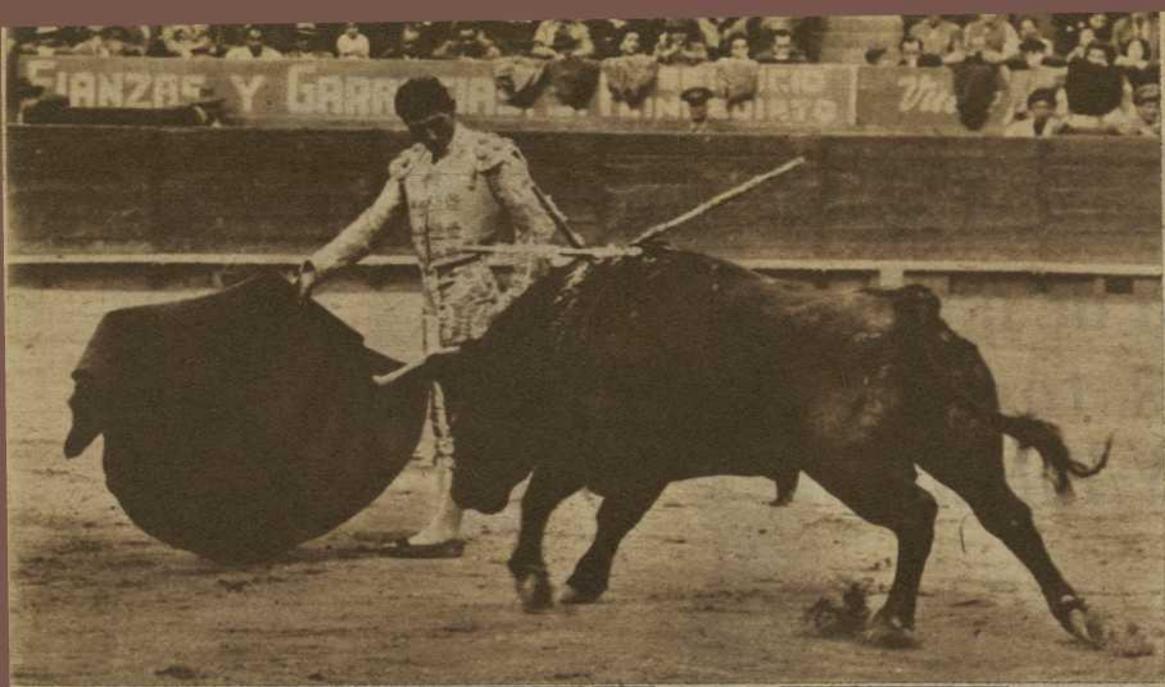
XEREZ-QUINA

EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

LA NOVENA CORRIDA

Lorenzo Garza da la alternativa
torero valenciano quien se g



En la novena corrida de la temporada de México, celebrada el último día del año 1946, también toreó, como figura máxima, Lorenzo Garza. En su primer toro estuvo afortunado. Helo aquí iniciando un pase con la derecha

Garza cita con la muleta, un poco cruzado con el de Zotoluca...



... para engancharlo con la mano izquierda...



... y volverlo a pasar con más temple, aunque un tanto despegado



Ese primer toro de Garza quedó bien herido; y aquí aparece el Magnífico, en un gesto espectacular, viéndolo morir

Félix Briones, que tomó la alternativa, veroniquéó bien a su primero y le lanceó de frente por detrás



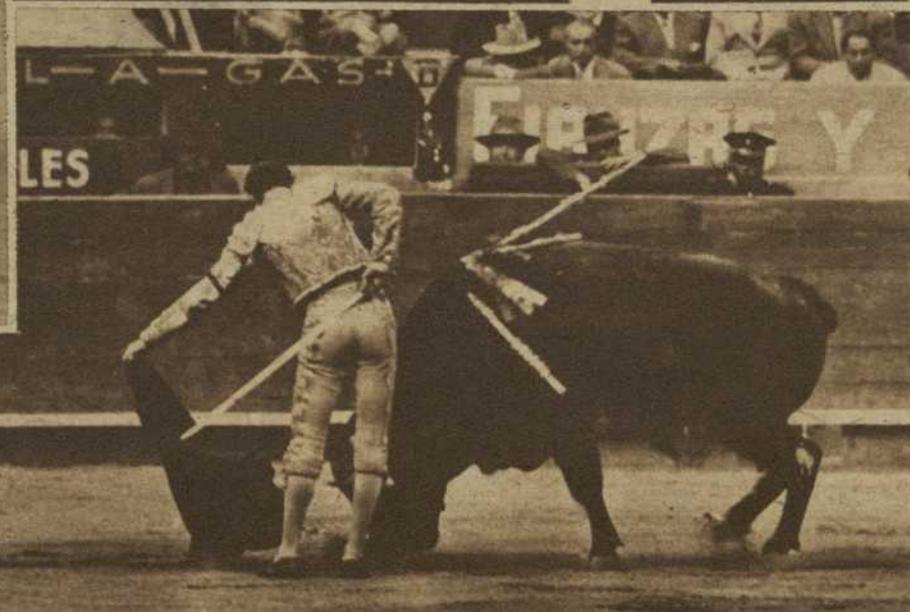
LA TEMPORADA DE MEJICO

Félix Briones y al Choni, y es el
 las orejas de sus dos toros



El propio Briones inicia la faena de muleta. Pero convengamos en que una cosa es cargar la suerte y otra abrir «el compás» de modo tan exagerado...

Félix Briones, en un remate



Briones se dispone a ejecutar una manoletina. Mas, ¡Dios santo!, con qué muleta tan descomunal...

... Menos mal que luego compuso la figura y sacó algunos pases buenos con la mano izquierda



El valenciano Choni, que también tomó en esa corrida la alternativa y que triunfó rotundamente, espera al de Zotoluca en posición de dar el natural

Un molinete ceñido del Choni, en el último toro que mató, y del que, como en el primero, le fué concedida la oreja (Reportaje Agencia Cifra Gráfica)

Acto en honor de Marcial Lalanda.--"Parrao" confirmará la alternativa de manos de "Manolete".--Falleció el banderillero "La Fila".--Se anuncia el regreso de Manolo Martínez.--"El Choni" triunfó en Morelia.--Ha muerto el padre de Martín Agüero.--Ortega, Cagancho y Felipe González cortaron orejas el domingo

LEGARON a Linares el matador de toros Antonio Bienvenida y el de novillos Juan Bienvenida, invitados para tomar parte en una cacería de reses mayores en Sierra Morena. Los dos hermanos tomarán parte en varias tientas, próximas a celebrarse.

—Belmonteño Hevará en su cuadrilla a los banderilleros Francisco Escudero y Angel Zamora y a los picadores Antonio Cánovas Rubio y Manuel Molina.

—Tan pronto como Balañá tuvo noticia de que Manolete iba a torear en España, decidió trasladarse a Madrid, Extremadura, Andalucía y Salamanca, para comprar ganado.

—No se ha llegado todavía a un acuerdo sobre el intercambio taurino entre España y Méjico; pero como el concurso de Manolete interesa sobremanera en Méjico, el cordobés ha sido autorizado, a petición de Armillita, Garza, Silverio Pérez, El Soldado, Procuna, El Vizcaíno, Jesús Solórzano, Toscano, Ahijado del Matadero y Chicuelín, para que tome parte en la corrida de despedida de Liceaga, que se celebrará en febrero, aunque para entonces no se haya resuelto el problema del intercambio. Manolete, a petición de la Unión de Matadores y Novilleros, de Méjico, participará, gratuitamente, en la corrida a beneficio del Sanatorio de toreros.

—En los medios taurinos de Méjico se dice que Marcial Lalanda, que representa en España los intereses de la Plaza de Méjico, ha enviado un cable a una personalidad taurina mejicana en el que le aconseja que, "puesto que Manolete se encuentra en Méjico, juntamente con otros toreros españoles, éstos se reúnan con los mejicanos y elaboren las bases que puedan servir de norma al Sindicato de Espectáculos de España, para el definitivo arreglo de los asuntos entre mejicanos y españoles".

—Se reunieron en el Sindicato Nacional del Espectáculo las Juntas Técnicas de matadores y subalternos para tomar acuerdos. Asistieron Juan Belmonte, Antonio Bienvenida, Domingo Dominguín, Carlos Cuadrado (apoderado), Luis Morales, Alfredo David, Pinturas, Miguel Palomino, Juan Antonio Gallego y Cicoto. Se acordó que las faltas cometidas por los subalternos sean sancionadas por el Sindicato. Se han hecho tres grupos de rejoneadores. En el primero figuran Conchita Cintrón y Alvaro Domecq; en el segundo, Pepe Anastasio, Simão da Veiga y Murteira Correia, y en el tercero, los demás. Se planteó la cuestión de los picadores de reserva y se acordó pedir que en la reforma que se haga del Reglamento se les denomine agregados, para que puedan intervenir, aun en el caso de que no queden inutilizados los de tanda en algunas Plazas, y hagan así su aprendizaje. También se acordó que no fueran elevados los sueldos de los subalternos, y que en lo sucesivo los matadores de los grupos especial y primero lleven fijos en su cuadrilla tres banderilleros y dos picadores; los del segundo grupo, dos banderilleros y un picador, y los del tercero, un banderillero y un picador. Finalmente, se trató de los subalternos que deben figurar en las cuadrillas de los matadores que van a Méjico; pero se dejó en suspenso esta cuestión hasta que haya acuerdo entre las Juntas de matadores de Méjico y España.

—El pasado viernes se celebró en el Sanatorio de Toreros un acto en honor de Marcial Lalanda, funda-



Parrao recibe la alternativa de manos de Luis Briones en Ciudad Juárez

Arruza entrega a Marcial Lalanda el pergamino en que los toreros testimonian al antiguo presidente del Montepío su gratitud (Foto Zarco)

—El madrileño Pablo González, Parrao, confirmará en breve su alternativa, que recibió de manos de Briones en Ciudad Juárez, el día 1 de diciembre pasado, en la capital de Méjico, de manos de Manolete. La cogida que Parrao sufrió en Acámbaro fué muy grave. En *El Popular* se describió así la herida: "Parrao sufrió una cornada de quince centímetros de longitud por siete de profundidad, que interesó tejido celular, aponeurosis, nervios y, en fin, que destruyó, ésta es la palabra, el muslo del torero, descubriendo la articulación de la rodilla." Parrao permaneció más de veinte días en un sanatorio. Allí fueron a visitarle todos los toreros mejicanos y los españoles Manolete, Ortega, Morenito de Talavera, Alvaro Domecq y El Choni. Todos éstos se ofrecieron incondicionalmente a Pablo González y le colmaron de atenciones. Parrao, después de confirmar la alternativa, toreará en Méjico buen número de corridas.

—En la finca que en la provincia de Jaén posee el ganadero Bernardino Jiménez se celebró el tentadero de reses. Sobresallaron en las faenas los matadores de toros Antonio y Angel Luis Bienvenida y los de novillos Juan Bienvenida y Alfonso del Toro, que se lucieron mucho con el capote y la muleta.

—El pasado sábado falleció en Córdoba el ex banderillero Antonio Béjarano Carrasco, La Fila. Contaba ochenta y cuatro años. Era primo hermano de Guerrita y hermano del matador de toros Rafael Béjarano, Torerillo, con el que actuó durante casi toda su vida profesional. La última corrida que toreó actuó a las órdenes de Machaquito. Ya retirado, se dedicó al comercio en Córdoba.

—Fué trasladado a Madrid, en grave estado, el ganadero sevillano don Juan Guardiola.

—Se anuncia el regreso a España del valenciano Manolo Martínez, que proyecta torear tres o cuatro corridas de despedida.

—Rafaelillo prepara su viaje a Colombia. Llevará ganado español para aquellas Plazas, y toreará con Manolete.

—Para el día 20 de febrero tiene anunciada su llegada a España el novillero mejicano Pepe Luis Vázquez. Otro novillero que quiere actuar en nuestras Plazas es Anselmo Liceaga, sobrino de David y del infortunado Eduardo.

—El Choni toreó en

Morelia, alternando con los hermanos Briones. Jaime cortó orejas en los dos toros. También triunfaron sus compañeros de terna. Las reses fueron de Xajay.

—Sobre el tema "Publicidad y propaganda. Toros y fútbol", pronunció el pasado sábado su anunciada conferencia, en los locales del Club Taurino Madrileño, nuestro compañero "Juan León". Hizo la presentación del conferenciante el crítico taurino de *Arriba*, R. Capdevila, que, de manera magistral, hizo la semblanza del gran periodista y crítico taurino que es "Juan León".

—El domingo por la tarde se celebró, en la iglesia parroquial de la Virgen de la Paloma, el bautismo del primogénito del valiente matador de toros Luis Mata y de su esposa, doña María Antonia Parraga. Se impusieron al niño los nombres de Luis Jesús. Fueron padrinos doña Tomasa Morante Bernal y don Cayetano Minuesa.

—Durante la madrugada del domingo falleció en Madrid el padre de Martín Agüero, padre político del matador mejicano Fermín Rivera. El lunes se verificó la conducción de los restos mortales al cementerio de la Almudena. Al acto asistieron gran cantidad de amigos de la familia Agüero, toreros, apoderados, ganaderos y periodistas. Nuestro sincero pésame a la familia del finado.

—El domingo, en la capital de Méjico, lidiaron ocho toros de La Punta Domingo Ortega, Fermín Rivera, Silverio Pérez y Manolete. Domingo Ortega lanzó bien al primero. Aunque molestado por el viento, hizo faena dominadora y brillante, y mató de media estocada. Se le concedió la oreja. A su segundo, le hizo faena eficaz, y lo mató de dos pinchazos y media estocada. Le aplaudieron Fermín Rivera, que reaparecía después de la grave cogida que sufrió, toreó, a petición de Manolete, el segundo y el octavo. En el segundo estuvo muy valiente, y fué aplaudido. El octavo se lidió con luz eléctrica, y Rivera abrevió. Silverio Pérez estuvo mal en su primero, y oyó una bronca. En su segundo hizo una magnífica faena, y aunque estuvo desacertado con el estoque, fué ovacionado. Manolete no se lució en ninguno de sus dos toros. Al entrar a matar a su segundo resbaló y cayó en la cara del toro. Este lo recogió y corneó, pero el torero resultó ileso.

—En Puebla despacharon ganado de Zololueca Cagancho, Ahijado del Matadero y Felipe González. Cagancho fué ovacionado en su primero. En su segundo toreó Cagancho muy bien con el capote, y luego hizo magnífica faena, que coronó con una gran estocada. Cortó la oreja. Ahijado del Matadero sólo se lució con las banderillas. Felipe González cortó la oreja de su primero y estuvo discreto en el último.

—En Bogotá, Conchita Cintrón mató dos toros de Vista Hermosa. Al primero lo rejoneó y banderilló bien, y lo mató pic a tierra, después de faena lucida de una buena estocada. A su segundo lo mató con rejones. Fué muy aplaudida. Morenito de Talavera Chico fué ovacionado en sus dos novillos. Alonso Vega demostró estar desentrenado.

—En el último número de *EL RUEDO* se deslizó un error, que tenemos interés en subsanar. En la página dedicada a la muerte del Algabéño, apareció una fotografía de Andrés del Campo (Dominguín), como atribuida al famoso torero fallecido. Aun siendo el error explicable, por hallarse el citado retrato de Dominguín dispuesto para otro trabajo de un número inmediato de *EL RUEDO*, queremos hacer la salvedad, para información exacta de nuestros lectores.



Comida con que el prestigioso Club Cocherito de Bilbao obsequió en sus salones al matador de novillos bilbaino Pedro Robredo (Fot. Cecilio)

La mejor faena de RAYITO

El nieto de la señora Ana Rayo, en Lebrija. — El novillo Civilero, de Miura. — Un toro de Félix Moreno en la Plaza de Cabra

bló por teléfono desde Madrid. Uno de los matadores contratados para Talavera se hallaba lesionado y no podía actuar. El empresario insistía en que fuera Rayito. Se negó de nuevo el matador, y su mozo de estoques habló con el apoderado. Al ir a cenar Rayito, encontró sobre la mesa un papel, en el que se leía: "La cuadrilla te pide que vayas a Talavera." No supo negarse. El mozo de espadas avisó al apoderado, y a las pocas horas Rayito y su cuadrilla

se pusieron en viaje. En Talavera hay un hotel en una calle muy estrecha. Allí fué Rayito. El dueño del hotel le atendió muy amablemente y charló con él largo rato. Descansó unas horas el torero. Cuando empezaba a vestirse para ir a la Plaza, entró en la habitación el dueño del hotel: "Yo no soy muy aficionado a los toros, pero me ha sido usted simpático, y voy a verle torear —dijo—. Cuando vino Gallito —siguió— estuve charlando con él antes de la corrida; me fué simpático, fuí a verle, y le maté un toro de la viuda de Ortega, de la misma ganadería que son los de hoy. Luego fuí a Madrid; me presentaron a Granero, me fué simpático, fuí a verle torear, y le maté un toro." No siguió el fondista, porque el mozo de estoques de Rayito le sacó de la habitación a empujones. Luego... El primer toro de Rayito murió después de incontables pinchazos. El segundo tuvo más suerte, pues después de dar Rayito tres muletazos por bajo, quedó el toro humillado, y el matador lo descabelló al primer intento, sin haber entrado a matar. El escándalo fué mayúsculo. Rayito, en vez de ir a la barrera, fué a la puerta de salida. Llevaba la ropa en desorden, iba despeinado y sudoroso y conservaba en las manos estoque y muleta. Los talaveranos creyeron, afortunadamente, que se había vuelto loco.

Siguió actuando con varia fortuna, y toreó su última corrida en Linares, alternando con Rafael el Gallo y Félix Colomo.

Dejó de torear cuando entendió que su carrera taurina había terminado. Luego fué actor de cinematógrafo, y como tal actuó en "La maja del capote" y "Espronceda". Ahora es apoderado.

Rayito asegura que su impresión sobre la última temporada es francamente buena, porque hay más afición que nunca, y las Plazas, a pesar de todos los pesares, se llenan siempre que el cartel es interesante.

Que la impresión de Rayito se vea corroborada en la temporada próxima y que sus triunfos como apoderado sean parejos al que alcanzó en la Plaza de Cabra con un toro de Félix Moreno, toro al que no se acordaba que tenía que matar.

BARICO



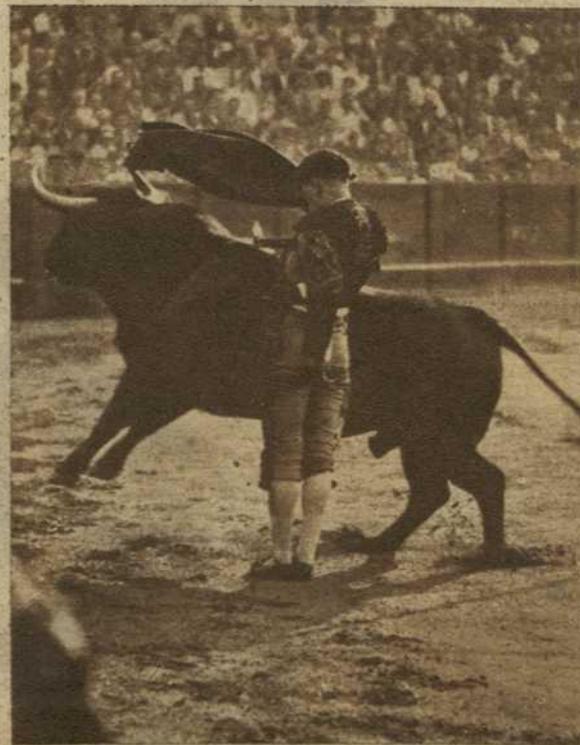
Rayito en la actualidad

había aprendido a distinguir lo bueno de lo malo. Era muy niño cuando vió por primera vez una corrida de toros. Nada menos que la de la inauguración de la Monumental de Sevilla, con Joselito, Curro Posadas y Fortuna en el ruedo.

Al año siguiente del de sus triunfos en Lebrija, el 3 de mayo de 1925, toreó en Azuaga (Badajoz) con Gallito de Zafra, y el 21 de junio se presentó en Sevilla alternando con Corcito y Andrés Mérida, en la lidia de seis novillos de Villalón. Gustó el torero del barrio de La Calzada, pero no logró el éxito que esperaba. Cinco novilladas había toreado en su ciudad natal, y el triunfo definitivo no llegaba. Pidió torear una novillada de Miura. El 9 de mayo de 1926 logró su propósito. Le anunciaron con novillos de Miura. No sabe Rayito lo que hizo en su primero; pero sí recuerda que cuando, después de matar, iba hacia la barrera, la Plaza era un mar de pañuelos. Le concedieron las dos orejas. ¡Dos orejas de un novillo de Miura, en 1926 y en Sevilla! El novillo se llamaba Civilero, y llevaba en los costillares el número 12.

Más éxitos, y la alternativa. En Madrid la confirmó el 12 de mayo de 1927. Al primero lo toreó muy bien. Una de las mejores faenas que hizo en su vida fué la que cuajó en ese toro. Con él alternaron Chicuelo y Niño de la Palma, y las reses eran de la ganadería de Juan Terrones. Pero su mejor faena la hizo en la Plaza de Cabra, a un toro de Félix Moreno. Fueron tantos los muletazos y toreaba tan a gusto, que hubo de advertirle un peón que tenía que entrar a matar. Agarró un colosal estoconazo y se dió cuenta, después, del entusiasmo que su labor había producido. Fué el 8 de agosto de 1927.

Poco después, el 22 de septiembre de 1927, Rayito tuvo el mayor fracaso de su vida torera. Le habían propuesto que torease en Talavera de la Reina, y se había negado. El día 21 actuó con éxito en Salamanca. Poco después de terminada la corrida, su apoderado le ha-



Un muletazo de Rayito



Rayito en su época de matador de toros

HACE algunos años —no importa cuántos— se presentó en la Plaza de Toros de Zaragoza Manuel del Pozo, Rayito, novillero entonces, que interesaba grandemente a todos los aficionados españoles. Rayito era un mozo muy espigado, de muy pocas carnes y con cara de buen chico. No tuvo suerte en el lote que le tocó, y en consecuencia, su presentación en el ruedo aragonés no fué muy brillante; pero en los novillos de sus compañeros de cartel hizo quites excelentes, por los que oyó las ovaciones más calurosas de la tarde. Uno de los matadores era Cantimplas, peón hoy en la cuadrilla de Manolete. Cantimplas, al hacer un quite, cambió inopinadamente los terrenos, y el novillo entrampilló a Rayito, que recibió un coscorrón mayúsculo. Se fué Rayito medio conmocionado hacia la barrera, se apoyó en ella, y su mozo de espadas se dispuso a echarle agua, con un botijo, en la cabeza. Rayito, como queda dicho, estaba muy delgado, y aludiendo, sin duda, a su aspecto físico, un espectador dijo al mozo de espadas: "No le des agua, dale un cocido." A otro torero cualquiera no le hubiera sentado bien la "gracia". A Rayito no le molestó, ni mucho menos, la salida; y fué el primero en celebrarla con una sonrisa. Desde entonces me fué simpático Manuel del Pozo. Y porque me fué simpático entonces y luego fuí admirador suyo, aunque no tan entusiasta como don Sabino Ucelayeta, que le defendió siempre y llegó al extremo de ponerse en pie cuando se aplaudía a Rayito y saludar al público, como si fuera él mismo el torero, he traído a estas páginas la figura del ex torero sevillano. Sevillano, nacido en la calle de Oriente, del barrio de la Calzada, en la casa que habitaba su padre, el novillero José del Pozo, buen torero, que tuvo por íntimos amigos a Pepete, Antonio Montes y El Algabeño, y en la que con el matrimonio vivía la abuela y en la que con la señora Ana Rayo, para la que el nietecillo era la luz de sus ojos. Tanto quería la abuela al nieto, y de tal manera correspondía éste al afecto que la viejecita le tenía, que raro era ver a uno sin el otro, y por ello, el nieto de la señora Rayo fué desde chiquillo, y ya para siempre, Rayito.

Y qué iba a ser Rayito si su padre fué torero y desde chiquitín veía en su casa a aquellas figuras, tan populares por entonces? El día del Corpus de 1924 fué a torear a Lebrija. No se daba más que una novillada al año en Lebrija y, por consiguiente, no era de esperar que le contratasen nuevamente, por muy bien que le saliera todo; pero el caso era empezar. Y en Lebrija vistió por primera vez el traje de luces. Con Evaristo Caballero, Serranito de Almadén y Joaquín Rodríguez, Tito, mató novillos de Centurión. Y sucedió en Lebrija lo que hasta ahora no estaba en los escritos. Sucedió que aquel año se dieron nueve novilladas en Lebrija, y en todas ellas toreó el nieto de la señora Ana Rayo.

El chico de José del Pozo era ya torero. Y de los mejores. Como que desde chiquitín

El enano Cazalla

DEBILITADA y en peligro su privanza por la rebelión portuguesa y victoria catalana de Montjuich, don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, trataba de distraer al señor don Felipe IV redoblando sus socorridos recursos. Multiplicó las diversiones: juegos, fiestas teatrales, cacerías y, muy especialmente, las corridas de toros, que tan del agrado del monarca eran.

Y refieren crónicas añejas que en algunas de las celebradas en la Plaza Mayor tenía lugar un episodio, nunca anunciado, que, por su riesgo y dramatismo, impresionaba fuertemente a la concurrencia y era muy del gusto de los reyes.

Consistía la hazaña en que, una vez hecho el despejo, saltaba a la arena un enano apellidado Cazalla, fornido y recio, pese a su menguadísima talla, el cual, empuñando un corto y grueso lanzón, se situaba como a diez metros de la puerta del toril. Al salir el toro y acometer al enano, Cazalla le aguardaba a pie firme y le clavaba el lanzón con tal ímpetu, que, además del hierro, solía entrar por la herida más de un palmo de lanza, hiriendo tan certeramente a la res, que ésta solía desplomarse a los pies del enano, el cual, sin saludar ni responder a las aclamaciones, desaparecía del ruedo.

¡Era de ver, allá por el siglo XVII, lo mal que les sentaba el «Cazalla» a los toros!

Otro Don Tancredo

El que fué famoso Don Tancredo López ha quedado, en la opinión de muchos, como el creador de la suerte del pedestal.

Y no es así.

Lo que hizo el popular «sugestionador» fué implantarla en España, presentándose al público valenciano el 19 de noviembre de 1899 con rotundo éxito.

Pero el auténtico inventor de la suerte fué un torero apodado El Orizabeño, a quien Don Tancredo se la vió ejecutar durante su estancia en la méjicana capital de Veracruz un año antes.

¡El diablo son las mujeres!

¿A qué no se atreverán las del sexo contrario, sobre todo cuando se trata de triunfar sobre el hombre?

En materia taurina, véase la lista, desde las to-

reras Lolita, Angelita y la Reverte hasta las Palmeño y Juanita Cruz, bien recientes, dejando al margen, por su calidad de excepción, a Conchita Cintrón —de cuya preparación fué testigo en un cerrado limeño cuando ella tenía dieciséis años, y a la que vi torear a pie, con capote y muleta, como no la han visto aún los públicos de España—, que nada tiene que envidiar a los mejores rejoneadores o caballistas.

Pero lo que muy pocos sabrán es que hubo también —aunque fué fugacísima su actuación— una émula de Don Tancredo, cuyo nombre ignoramos con harta sentimiento. Pero el hecho es veraz y relativamente reciente.

La Reina del Valor, según se la anunciaba, hizo su presentación el 2 de febrero de 1901 en Castellón de la Plana.

Recogido muy escuetamente el caso por los periódicos de aquella fecha, advertimos la omisión deliberada de todo enjuiciamiento, lo que nos hace suponer que la Reina del Valor tuvo un reinado efímero.

¡La primera de Lima!

Cuatro siglos y siete años hace que se celebran corridas de toros en la capital del Perú.

Porque, si no mienten las crónicas, se celebró la primera el 29 de marzo de 1540, constituyendo el detalle más importante del festejo el de haber matado al segundo toro, de un certero rejonazo, el extremeño don Francisco Pizarro, añadiéndose en la noticia que no fué la última vez que el conquistador actuase en la Plaza limeña.

Antes de entrar...

El 28 de marzo de 1901, y amparado por las sombras de la noche, que en las estaciones de tránsito es más noche aún, por el exquisito celo con que se apagan las luces en todas ellas, un chaval de quince años —Miguel Zanón y Alonso, natural de Valencia y aficionado a la fiesta brava— se propuso ir a la capital «con la guitarra» para ver las anunciadas corridas de toros, por el arbitrio que Dios le inspirase, para lo cual llegó a la estación del Villar, donde trepó a un tren que a la propia capital había de dirigirse. Gateó hasta los techos, y al topar con una abertura que le ofrecía, por su oscuro fondo, un buen escondite, se dejó caer dentro.

Y como quiera que tal artefacto no era sino un cajón de toros, en el que accidentalmente se hospedaba el cincoño Mulatillo.

El recibimiento que hizo Mulatillo al ches obligó al muchacho a romper en desaforados gritos. Izado por la misma abertura que le dió acceso, lo asombroso fué que, magullamientos y chichones aparte, no sufrió el menor rasguño.

Pero el susto le duró más que las obras del Teatro Real.

F. RAMOS DE CASTRO



El conde-duque de Olivares



Conchita Cintrón



Don Tancredo



Francisco Pizarro

CUATRO REFRITOS DE TOROS, Por TILU



APROVECHAMIENTO

—La señora del ganadero devana sus madejas.



EN PLENO DESPLANTE

—...venía a cobrarle una facturita...



LA SUERTE SUPREMA

—¡Arza, José! ¡Trate a lo arto er morrillo, que ahí están los billetes de Banco!

—¡Pos arcánzalos tú, que estás más cerca!



INDIGNACION

—¡Es un desastre este hombre! ¡Siempre ha sido igual de traído!

EXORDIO

CUANDO el año 1815 don Francisco de Goya y Lucientes da comienzo a la serie de aguafuertes que con el título global de «La tauromaquia» habían de señalar un cauce nuevo en el impresionismo taurino, España, doliente aún de ciertos hechos históricos, atormentadores y abracadabrantes, vive esa fase de convalecencia espiritual que sucede a las grandes crisis o conmociones que perturban y arriquilan al individuo. Goya, gran señor del color y del pincel, que ha captado con su férrea visión la apocalipsis de un momento caótico de España; que se ha paseado en instantes trágicos por la horrible zona de la Moncloa; que ha bajado hasta las orillas del Manzanares para confundirse entre majas y chisperos tras de retratar a reyes e infantes en los alhajados salones del Real Palacio de Oriente; que ha recogido toda la hondura filosófica de un costumbrismo prendido en el alma y en el sentir eufórico del pueblo, se deja seducir por el encanto fascinante y españolísimo de los toros. Hay en el pintor de las majas una tendencia o vocación innata hacia lo popular. A Goya no le atrae, a pesar de todo, el brillo más o menos sugestionador de la Corte de Carlos IV. Su campechanía temperamental le lleva más hacia «La Tirana» que hacia la fea reina María Luisa. Es amigo de toreadores y faranduleros. Le atrae y le domina el pueblo, porque él mismo se considera parte integrante de esa masa amorfa que ríe y se divierte en la Pradera o en las ventas y mesores de las cercanías de un Madrid que quiere vivir entre coplas y donaires, en una eterna y eufórica carnavalada. Goya, último puntal de un elasicismo que agoniza precipitadamente, está dando ya la mano a ese decorativo y lánguido romanticismo que ha de iniciar la decadencia del gran esplendor artístico, político y social de nuestra Patria. Con Goya acaba, para desdicha nuestra, una época y comienza otra. La vida marca los nuevos derroteros que ha de seguir un pueblo que inconscientemente se obstina en señalar y mantener el declive de todas las actividades políticas y culturales de nuestra Patria. Goya —ya lo dice su biografía— ha sido un tanto truhán y pendenciero, amigo de peligrosos lances de amor, de aventuras comprometedoras y difíciles. Tiene en su haber una juventud turbulenta y demasiado inquieta. Es rudo, un tanto zafío y ordinario en sus maneras. Tal vez cuando la fama corone de laurel su testa ampulosa, cuando su pincel le abra las puertas de señoriales mansiones, cambiará su adustez por un gesto de elegante displicencia. Sobre el Goya pintor de cámara, resaltará siempre el don Paco el de los toros. Entre la reverente ceremonia de los pasillos y escaleras de Palacio y la democrática salutación de colmados y ventorros llena de alegre camaradería, preferirá Goya lo último. Ha nacido en lo más abrupto e intrincado de Aragón, y su carácter —herencia idiosincrásica— es abierto y francote, dado a la saca alegría de una campechanía desbordante. Tan desnuda de hipocresías y eufemismos ve la vida, que, sin quererlo, se hace filósofo, y en «Los disparates» y en «Los proverbios» vierte la más hiriente censura que conociera el arte.

Estaba lo castizo —dice Jorge Manach— proscrito de la representación artística, y Goya se mete, con el sainetero don Ramón de la Cruz, en la entraña del pueblo y eleva el tema costumbrista y folklórico a la suprema dignidad museal. Imperaba el gusto femenino de lo manso y agradable, y Goya resucita el regodeo español en lo trágico y alucinado. Trueca la pintura de una cosa alusiva y yerta en una versión directa y

candente. Y hacia los toros va, porque siente la apetencia de lo popular y hasta de lo chabacano. Crítico y filósofo a la vez, escéptico y bullanguero, antítesis de su carácter extraño, da a la difícil tarea de componer en cuarenta aguafuertes —otros tantos dibujos preparatorios— la serie taurómaca de sus devociones. ¿Son realmente los toros como los ve Goya? No. Hay una demasiada horrible visión al través de su lápiz que no late en el más bello de los espectáculos. Si hemos de decir verdad, de ser justos en la apreciación comentarista de la labor en este aspecto del glorioso pintor de Fuentetodos, habremos, sin vacilaciones, de confesar que «La tauromaquia» no es sino un reflejo más de ese concepto demasiado agrio y alucinante de un pintor que se dejó dominar con exceso por un patetismo que, como en Poe, sólo cabe

en el cerebro de un alucinado. Los once primeros dibujos —base de los aguafuertes— están relacionados con el origen legendario e histórico del toreo en España, apareciendo en ellos los pobladores aborígenes dedicados a la caza de estas reses bravas, su alanceamiento por los moros peninsulares y diversos episodios o rasgos de valor ante las fieras bestias. Estas composiciones preliminares, aunque llenas de brío y movimiento —nos dice, no sin fundamento, Miguel Velasco y Aguirre—, no son las mejores de la serie, ya que sus personajes, ataviados con indumentos anacrónicos, presentan cierto aire de comparsas de teatro. En cambio, las que se refieren al toreo en la época del artista, a pesar de manifestas incorrecciones de dibujo, son maravillosas.

A la primera serie corresponde «Capean otro encerrado». Se refiere esta vez a otro toro cabe el redondel de la Plaza, donde Goya dibujó a unos moros que no toman demasiado en serio el arte indiscutible y magnífico de torear reses bravas.

MARIANO SANCHEZ
DE PALACIOS

EL ARTE Y LOS TOROS

"LA TAUROMAQUIA"



«Don Francisco de Goya y Lucientes», cuadro del pintor romántico Vicente López



Alfredo Ibarra
1946

La tarde del debut



El pelo de los toros: Colorao encendido